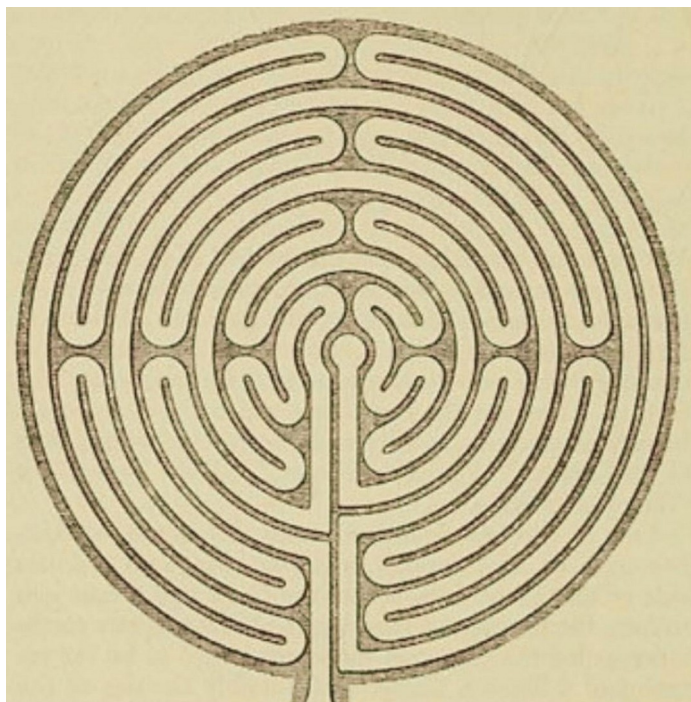




El camino que se recorre hacia adentro es el mismo que se recorre hacia el origen.

PAN PARA EL ALMA DE MI HIJO

Cartas, verdades y herramientas para vivir libre

Juan Pablo González Hollman
Cartagena de Indias, Colombia
2026

© Juan Pablo González Hollman, 2026

Todos los derechos reservados. All rights reserved.

Primera edición: 2026 | Cartagena de Indias, Colombia

Esta obra está protegida por las leyes de derechos de autor de la República de Colombia (Ley 23 de 1982, modificada por la Ley 1915 de 2018, y Decisión 351 de la Comunidad Andina de Naciones), por las leyes de copyright de los Estados Unidos de América (Title 17, U.S. Code), y por los tratados internacionales de los que ambos países son signatarios, incluyendo el Convenio de Berna para la Protección de las Obras Literarias y Artísticas.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, su incorporación a un sistema informático, su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio — electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros — sin la autorización previa y por escrito del titular de los derechos. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

NOTA LEGAL: Este libro es una obra de no ficción creativa y testimonio personal. Refleja las experiencias, memorias, pensamientos y perspectivas del autor tal como él las recuerda y las ha procesado. Algunas conversaciones han sido reconstituidas. Los nombres de algunas personas han sido modificados para proteger su privacidad. Las opiniones expresadas son exclusivamente del autor. Ninguna entidad pública ni privada, ninguna institución educativa, médica, religiosa o comercial mencionada en esta obra ha avalado ni autorizado su publicación. Su mención es exclusivamente referencial y literaria. El autor no tiene intención de dañar la reputación de ninguna persona natural o jurídica.

Las imágenes incluidas en esta obra son de dominio público o han sido utilizadas con fines educativos y culturales no comerciales, con sus respectivos créditos indicados al pie de cada imagen. La rueda de medicina nativa americana es © Indigenous Corporate Training Inc., reproducida con fines exclusivamente educativos y sin ánimo de lucro.

Para autorizaciones de uso, reproducción o contacto con el autor:

Juan Pablo González Hollman | Cartagena de Indias, Colombia | 2026



Para Simón José.

*Que este libro sea el pan que no siempre pude ponerte en la mesa
pero que nunca dejé de querer darte.*

*Y para todo aquel que cargue heridas que no eligió
y que busque, como yo, la manera de no pasárselas a sus hijos.*

DEDICATORIA ESPECIAL

A los padres que se atrevieron a decir la verdad

A todos los padres — hombres y mujeres, padres y madres — que han hablado con la verdad total a sus hijos.

No para llenarles la cabeza de maldad, sino para que sepan la realidad que habita allá afuera. Para darles conciencia, no miedo.

A esos padres que reconocen sus propias fallas frente a sus hijos, y que se lo demuestran no con discursos sino con la corrección sostenida de su propia conducta — cumpliendo así, con hechos, la palabra que un día le dieron a ese hijo. A todos los que se han sacrificado en nombre del amor.

Lo digo entendiéndolos, porque también he sido hijo y también soy padre. Y eso me llena de una gratitud infinita hacia mi propio padre, a quien he visto sacrificarse de múltiples maneras por el bienestar de los suyos — renunciando a parte de sus propios sueños e ilusiones para dedicar esa misma energía, en cambio, al servicio del hogar.

A esos hombres que día a día batallan en la carrera de las ratas en la que nos ha metido este juego — quiero que sepan algo, y espero que les llegue hondo: valió la pena. Valió la pena el sacrificio. Valió la pena esa batalla silenciosa que se libra todos los días por darle bienestar y satisfacción a la familia, a los hijos.

Porque el hombre merece — es necesario que así sea — estar rodeado de amor, de respeto, de todas esas cosas maravillosas que los hijos y la esposa tienen la responsabilidad de devolverle, de alguna forma, a ese padre que sacrifica su tiempo. Créanme: el padre que sale a trabajar no quiere irse. Preferiría quedarse en casa, con su mujer y sus hijos, disfrutando del bienestar que su propio esfuerzo construye. Pero el mundo económico en el que vivimos — esa carrera de las ratas en la que nos ponen a competir desde jóvenes — le impide estar presente, ver crecer a sus hijos, cuidar de cerca a los suyos.

Y así se va la vida. Y los hijos crecen sin sus padres, aunque aparentemente estén ahí. Hay una figura, como un fantasma, pero no hay una presencia real — porque todo el tiempo hay una obligación laboral que ocupa al hombre, a la mujer, al niño, y los mantiene lejos de lo único que de verdad importa: la unión, la solidez del hogar, los vínculos que solo se construyen con tiempo y presencia verdadera.

Y no conformes con eso, ahora también le han vendido a la mujer la idea de que ella debe ser cabeza de hogar — la proveedora principal, la que sostiene económicamente la casa además de todo lo demás — disolviendo así, poco a poco, la estructura familiar tradicional. No hablo en contra de la mujer que trabaja, ni de la que sostiene a su familia cuando la vida se lo exige: eso merece todo mi respeto. Hablo en contra del sistema que convirtió en norma lo que debería ser excepción, que empuja a ambos padres fuera del hogar al mismo tiempo, dejando a los hijos sin ninguno de los dos verdaderamente presente. Donde antes había un hogar con roles que se complementaban, ahora hay dos personas agotadas compitiendo por el mismo tiempo escaso, mientras los hijos crecen criados por pantallas, por terceros, por la ausencia.

A todos ustedes, los que han batallado por amor: esta página también es suya.

NOTA DEL AUTOR

Este libro nació de notas escritas en madrugadas, de dictados de voz en el carro, de pensamientos que llegaban mientras meditaba o mientras mis gatos me enseñaban cosas que ningún libro de filosofía me había explicado con tanta claridad.

No es un libro de autoayuda. No pretende decirle a nadie cómo vivir. Es una conversación larga, honesta y a veces desordenada entre un padre y su hijo — una conversación que empezó cuando entendí que el tiempo no espera y que hay cosas que necesitaba decirle antes de que la vida nos separara demasiado.

Algunas páginas son suaves. Otras son incómodas. Eso es intencional. La verdad rara vez es completamente cómoda, y prefiero que mi hijo me recuerde como alguien que habló con honestidad a que me recuerde como alguien que calló por miedo a incomodar.

Si estás leyendo esto y no eres Simón José: bienvenido igual. Si algo de lo que aquí está escrito te sirve, úsalo. Si no, déjalo ir. Cada quien tiene su propio camino.

— *J.P.G.H.*

CAPÍTULO I

El amor que no sabía cómo llamarse

Sobre ser padre, sobre perdonarse, sobre empezar de nuevo



El retorno del hijo pródigo. Rembrandt van Rijn, c. 1669. Museo del Hermitage, San Petersburgo. Dominio público.

Querido Simón José:

El día que llegaste a nuestras vidas entendí, por primera vez, lo que realmente significa el amor. No el amor de las canciones ni el de las películas. El otro — ese que duele en el pecho cuando miras a alguien pequeño y sabes, sin que nadie te lo enseñe, que harías cualquier cosa por protegerlo.

Antes de ti, yo creía que era fuerte. Me consideraba valiente, temerario incluso. Pero jamás habría retado a mi espíritu a demostrarme que podía

superar la prueba de perderte, de no estar, de fallarte. Esa prueba es la única que reconozco como verdaderamente imposible. Y por eso, todo lo que hago desde que llegaste tiene un solo norte: ser digno de ser tu padre.

Lo que estas páginas contienen no es perfección. Es lo que aprendí — a veces a golpes, a veces de rodillas, a veces mirando a mis gatos a las tres de la mañana — sobre cómo vivir con dignidad, con libertad y con el corazón abierto.

No tengo todas las respuestas. Pero tengo las que más me costaron. Y esas son las que más vale la pena compartir.

Sobre el perdón — el primero y el más difícil

Perdonarnos es parte vital del proceso que libera a la conciencia del dolor y del sufrimiento que no merecemos seguir sintiendo auestas, incrustado como espinas alrededor del corazón.

No merecemos atar nuestro corazón con una corona de espinas — así como se ata la conciencia humana bajo el peso de culpas que otros pusieron en nosotros. Merecemos liberarla de ese sufrimiento dogmático impuesto que limita la conciencia y que limita la expresión del ser humano.

Perdónate, hijo. Perdónate por los errores que cometerás sin saber que los estás cometiendo. Perdónate por los daños que causes desde la inconsciencia. Y perdona también a quienes te hayan dañado — no por ellos, sino por ti. Porque las espinas que no perdonas se quedan en tu pecho, no en el de ellos.

Solo el perdón genuino — el que nace de dentro, no el que se declara en voz alta para que otros lo escuchen — abre de verdad la jaula.

Sobre la libertad del dogma

Nací bajo un seno cristiano, apostólico, romano — Pudáy, Emaús. Eso no lo niego ni lo rechazo. Lo honro, porque fue el suelo en el que crecí. Pero llegó el día en que fui liberado del dogma. No de la fe — del dogma: de esa estructura de reglas y culpas y condenas que algunos hombres construyeron alrededor de lo sagrado para controlarlo, para administrarlo, para cobrar entrada al espíritu.

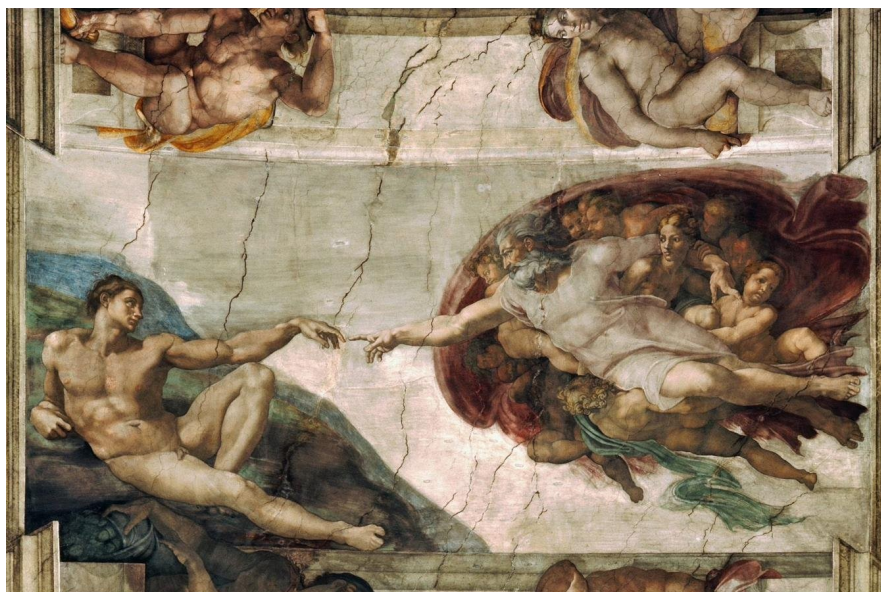
Y así libero también a todo mi linaje y a toda mi descendencia. No de Dios — de Dios no puede liberarse nadie, porque Dios no es una institución. Se libera del dogma que restringe la expresión del ser humano, que pone espinas dolorosas alrededor del corazón y de la conciencia, que convierte la espiritualidad — que debería ser expansión — en encierro, en miedo, en vergüenza.

Eres libre, Simón José. Siempre lo fuiste. La cadena se rompe aquí.

CAPÍTULO II

Lo que el cuerpo sabe

Sobre la salud, los parásitos, el azúcar y el templo que habitas



La creación de Adán. Miguel Ángel, c. 1511. Capilla Sixtina, Ciudad del Vaticano. Dominio público.

Uno de los errores más grandes que cometí contigo, sin saberlo, fue crear en ti un circuito mental ligado al azúcar. Los paseos en carro que terminaban en helado, los parques que terminaban en dulce, la asociación inconsciente entre el cariño de papá y los paqueticos. Lo hice con amor. Lo hice sin saber el daño que hacía.

El azúcar, cuando entra en nuestro cuerpo en cantidades altas y de forma frecuente, crea problemas de obesidad ampliamente documentados. Pero además nos oxida más rápido — acelera el proceso de envejecimiento del organismo — y ayuda a crear demencia y trastornos mentales como el Alzheimer. Crea el ambiente ácido ideal para que se formen colonias de parásitos, que con el tiempo dominan los antojos y hacen que el cuerpo pida más azúcar para seguir alimentándolos. Es un ciclo vicioso que empieza en la infancia y que pocos reconocen como lo que es.

No es natural desear comer azúcar todo el tiempo o sentir hambre constantemente. Algo lo está generando: parásitos, estrés, demasiado tiempo en pantallas, desamor, conflictos emocionales no resueltos. La primera pregunta no es cómo callar ese antojo — es de dónde viene.

El cuerpo es el templo

Mantén limpio tu cuerpo. Es indispensable mantener limpia la casa de Dios — así como nos lo enseñaron en distintas tradiciones espirituales, que en el fondo son una sola verdad: somos uno, y lo que habitamos merece respeto.

Mantenlo limpio de parásitos, de grasa en exceso, de azúcar y alcohol en abuso. No te hablo de privación — te hablo de consciencia. Un par de copas en una celebración es una cosa. Usar el alcohol para amortiguar el dolor emocional es otra completamente distinta, y esa diferencia es la que debes aprender a reconocer en ti mismo.

Entre más limpio y nutrido esté tu cuerpo, más claro pensará tu cerebro, más estable estará tu química emocional, más libre será tu espíritu. No son cosas separadas. Son la misma cosa vista desde distintos ángulos.

El agua, las glándulas y lo que nadie te dice

El agua que debemos consumir debe ser alcalina, libre de impurezas y de las sustancias que los procesos de potabilización industrial le agregan. El cloro y el flúor que se usan en el tratamiento del agua tienen efectos adversos sobre nuestro sistema glandular — especialmente sobre la glándula pineal — calcificándola, obstruyéndola, impidiendo que ejerza sus funciones vitales.

Las glándulas son los puntos de energía del organismo. Cuando están calcificadas o dañadas, el individuo pierde poder creador, fuerza vital, capacidad de conectarse con dimensiones más profundas de la experiencia. Por eso es importante desintoxicarse, hidratarse bien y prestar atención a lo que entra en el cuerpo.

El científico Masaru Emoto demostró experimentalmente que el agua responde a las frecuencias, los sonidos y las palabras que recibe. El agua que se expone a música armoniosa y palabras de amor forma cristales geométricamente perfectos y hermosos. El agua expuesta a discordia y palabras de odio forma cristales deformes e irregulares. Si somos más de un 70% agua, eso significa que cada pensamiento que tenemos sobre nosotros mismos y cada palabra que escuchamos está literalmente esculpiendo nuestra química interna.

CAPÍTULO III

El poder de la mente

Sobre los pensamientos, los demonios internos y quién manda en tu cabeza



*La tentación de San Antonio. Matthias Grünewald, Retablo de Isenheim, c. 1512-1516.
Museo Unterlinden, Colmar. Dominio público.*

La puerta de entrada de los demonios a tu mundo físico es por la mente — por el pensamiento. Si eres capaz de entender que tú y solo tú tienes el poder de controlarlos y mantenerlos encerrados en los calabozos que debes crear en el interior de tu mente, serás el dueño vivo de tu universo.

Esto no es metáfora. Es neurociencia y es espiritualidad diciéndote lo mismo con distintos vocabularios. El cerebro no distingue entre lo que imagina y lo que experimenta con la misma intensidad repetida. Lo que piensas

recurrentemente se convierte en arquitectura neural, en hábito, en realidad manifestada.

Todo el tiempo las personas están pensando en estado negativo. Al cambiar tú la frecuencia mental y estar en estado positivo, adquieres poder superior sobre tu entorno. No porque domines a otros — sino porque quien domina su propio estado interno no necesita que el mundo externo cambie para estar bien.

El diálogo interno es el arquitecto de tu destino

Somos nosotros, con el diálogo mental, los que realmente forjamos nuestro destino. Las circunstancias de familia, lugar, religión, costumbres y hábitos aprendidos son determinantes por su alto grado de influencia. Pero no son el destino. Son el punto de partida.

Fui lo que mi entorno y mis circunstancias hicieron de mí — modo subconsciente, programable, dormido. Ahora soy lo que conscientemente hago de mí — modo consciente, despierto. Ese es el salto más importante que existe: de ser efecto a ser causa.

El trauma y el drama nada positivo traerán a tu vida. Deshazte cuanto antes de esos personajes oscuros que invaden tu mente, libérate de esas ataduras que encadenan. No huyendo de ellos — enfrentándolos. Ábrele la puerta al miedo y enfréntalo con el valor que llevas en tu corazón. Vencerlo con dignidad, como el gladiador que eres.

Cuándo el espíritu está al mando

Cuando el espíritu es quien está al mando, te das cuenta porque empiezas a actuar en coherencia con el cambio que deseas manifestar en tu vida. Se te permite ver en ciertos momentos que esa realidad nueva es actual al 100%, que te va a ayudar a orientarte y llevarte al camino del propósito de tu vida.

Confía en ese caminar. Confía en esa voz que no escuchas en la cabeza sino en el corazón, en tu centro. La mente está ahí para imaginar. El alma está para dirigir y discernir esos pensamientos que la mente manda al corazón — él los filtra, deja los que sí y desecha los que no. Por eso debemos sentir y dejar que la experiencia siga su curso para entender lo que nos traerá como regalo.

CAPÍTULO IV

El amor, la mujer y el hogar

Sobre elegir bien, amar con libertad y no confundir lujuria con amor



Sagrada Familia del pajarito. Bartolomé Esteban Murillo, c. 1650. Museo del Prado, Madrid. Dominio público.

Jamás traiciones a una mujer para obtener algo de ella. La que a tu lado esté debe y será tu reina — una mujer que dará sin dudarle su vida por salvar a su rey, o sea, tú. Debe amarte. Debes ser amado. Ella tiene que estar realmente enamorada de ti, no atrapada contigo.

La mujer es la reina del hogar. Mantiene en armonía, alimentando con su amor y entrega hacia la familia los corazones de cada miembro de ella. El hombre, líder del hogar, debe hacer sus deberes y no adicionar a su esposa trabajo adicional. El liderazgo no es control — es servicio.

Sobre el amor sin condiciones

Querido hijo: jamás le permitas a nadie que condicione el amor que te da. Respétate y valórate. Si te van a dar amor, que ese amor sea sin condiciones — entendiendo que debemos respetar a los seres que nos dan su amor, cuidarlo, valorarlo.

La mujer que te dará su amor debe hacerlo sin intentar aprisionarte o cortar tus alas por temor a que partas algún día. No permitas que nadie corte tus

alas. Sé libre siempre. Vuela y vuela alto, más arriba de las estrellas, hacia el infinito. Siempre buscando la luz.

Y recuerda: el amor real no encarcela. El amor real abre puertas.

Sobre elegir a tu compañera

La mujer con quien compartas tu vida debe ser alguien que te admire genuinamente, no alguien que te necesite por dependencia. La admiración crea respeto. La dependencia crea resentimiento. Son cosas completamente distintas aunque a veces se disfracen igual al principio.

Observa cómo trata a los demás — especialmente a quienes no pueden darle nada. Observa si existe coherencia entre lo que dice y lo que hace. Pensar, actuar, resultado: esa cadena debe ser coherente en la persona que elijas amar.

Tómate el tiempo que necesites. Las decisiones importantes de la vida no se toman con prisa. Y ninguna es más importante que elegir con quién construyes un hogar.

CAPÍTULO V

El dinero, el éxito y el Imperio

Sobre crear riqueza, entender la economía y construir tu propio reino



Cristo expulsando a los mercaderes del templo. El Greco, c. 1600. National Gallery, Londres. Dominio público.

Explícale a Simón José el valor del dinero — que entienda cómo es la cosa realmente, para que pueda ser un buen presidente, o diplomático, o embajador, o empresario. Enséñale a crear su propia fortuna.

La política nunca nos dará prosperidad en cuanto a grandeza y abundancia estable. Primero debemos encontrar nuestra pasión y dedicarnos a que esa pasión genere madurez, habilidad y destreza. Solamente después de haber alcanzado esas características — después de haber madurado — podremos pensar en incursionar en el mundo de la política. Si lo hacemos antes de haber alcanzado la prosperidad y estabilidad económica que nos brinde la libertad, el espíritu de la ambición y la codicia tendrán demasiada influencia sobre nuestras decisiones.

El apetito y la visión

Para lograr el éxito es indispensable el apetito salvaje — el de saber y sentir que realmente estás edificando tu imperio. Esa sensación de plenitud al hacer tu voluntad, al construir algo que es tuyo, al ver que lo que imaginaste empieza a tener forma en el mundo material.

Las metas a largo plazo son esenciales. No solo para el éxito material sino para la salud del cerebro. La dopamina necesita objetivos que generen anticipación y progreso sostenido. Un ser humano sin metas a largo plazo es un ser humano que su química cerebral empujará hacia los atajos — las sustancias, los vicios, las dependencias. Las metas son la vacuna contra el vacío.

Debes tener metas a largo plazo — años, tal vez — e ir evolucionando y creando nuevos proyectos que mantengan tu vida llena de estímulos positivos. Así es como se construye un Imperio: no de golpe, sino ladrillo a ladrillo, con constancia, con visión y con la paciencia de quien sabe que lo que vale la pena no llega rápido.

Sobre los círculos de poder

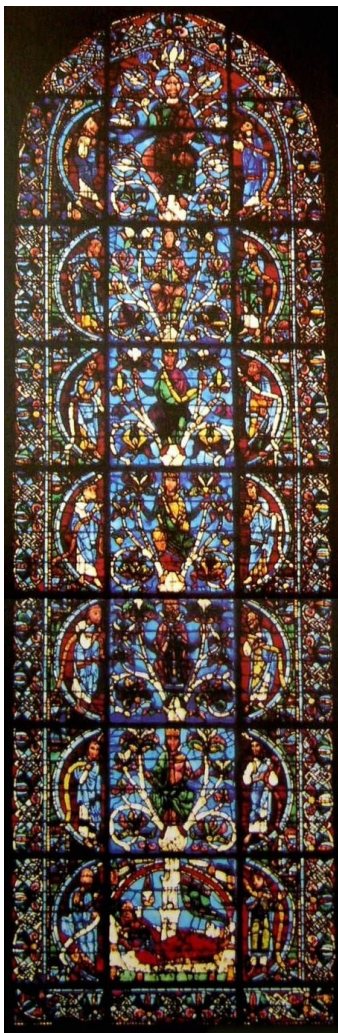
Hazte amigo de los hijos de los presidentes, de los senadores, de los políticos, de los empresarios. Ese es el círculo donde está la información y donde se toman las decisiones que mueven el mundo. No para corromperte — para entender cómo funciona el juego y poder jugarlo con tus propias reglas.

Confía en tu criterio personal sin la influencia de nadie más para la toma de decisiones que son de trascendencia para tu vida. Escucha todo. Pondera todo. Y al final, decide tú.

CAPÍTULO VI

Tus orígenes, tu sangre, tu nombre

Sobre conocer de dónde vienes para saber a dónde vas



El Árbol de Jesé, vitral de la Catedral de Chartres, c. 1145. Dominio público.

Explícale a Simón la importancia de conocer sus orígenes, saber la procedencia, el origen. Si uno conoce su origen sabe cuáles son sus tradiciones y cuáles son las que fueron impuestas, las que son adoctrinamiento. Conocer el origen es el primer paso para ser libre.

El linaje que cargas tiene raíces en dos continentes. Tiene la sangre del Caribe colombiano y la sangre de los Hollman — con H, doble L, una sola N — una familia de origen alemán con presencia en Europa desde hace siglos. Alguien quiso borrarlo. No lo logró. Está en tu ADN, en tu forma de pensar, en

esa intensidad con que amas y construyes y te rebelas cuando algo no es justo.

Nunca lo olvides. Nunca dejes que nadie te lo arranque.

La transmisión que viene en la sangre

Heredamos de nuestros padres la genética — y mucho más que la genética. Se transmite todo a través del ADN: la forma de caminar, los hábitos, las costumbres, los miedos, los talentos. El cincuenta por ciento de todo lo que somos — lo bueno y lo malo — va directo para nuestros hijos.

Eso significa que el trabajo que yo hago sobre mí mismo hoy tiene consecuencias en ti. Y el trabajo que tú hagas sobre ti mismo tendrá consecuencias en tus hijos. La sanación no es solo personal — es transgeneracional. Cuando uno rompe una cadena de trauma o de inconsciencia, la rompe para todos los que vendrán después.

Eso es lo que intento hacer con este libro. No dártelo todo resuelto — sino darte herramientas para que puedas resolverlo tú, mejor de lo que yo pude.

CAPÍTULO VII

Misha, Tomás, Aquiles y lo que los animales enseñan

Sobre el amor sin palabras y los maestros de cuatro patas



San Francisco predica a las aves. Giotto di Bondone, Leyenda de San Francisco, c. 1297-1299. Basílica de Asís. Dominio público.

Hay mensajes que el universo envía a través de criaturas que no hablan con palabras, sino con presencia. Con su forma de moverse, de mirarte, de recostarse sobre ti justo cuando más lo necesitas. Los gatos llegaron a mi vida de esa manera: sin pedir permiso, sin anunciarse, como todo lo verdaderamente importante.

Misha llegó de un costal tirado a la orilla de la carretera entre Barranquilla y Cartagena. Una gatica parda de monte, con ese pelaje atigrado que la hace casi invisible entre la maleza. Alguien la metió en ese costal junto a un gato

negro y los tiró, en la calor del Caribe, sin agua, sin comida, sin ninguna posibilidad de salir. Tú estabas conmigo ese día. Los rescatamos juntos. Y algo en ese acto cerró un círculo que ninguno de los dos sabía que estaba abierto.

Tomás llegó de noche, en una caminata contigo por el barrio. Se nos atravesó y se quedó mirándonos con esa calma de los gatos que ya decidieron a dónde van antes de que uno lo sepa. Un bengalí — esa raza con el pelaje moteado que recuerda a los leopardos. Se fue con nosotros esa noche. Y se quedó.

La madrugada de las galletas

Una noche, a las tres de la mañana, estaba sentado en el sofá listo para meditar cuando Tomás se trepó encima de la nevera. Con la boca tomó la bolsa de galletas para gatos, la empujó con precisión, y la dejó caer justo donde yo estaba. Estallé en carcajadas que salían de las entrañas. De esas que limpian el alma.

Le serví las galletas. Tomás bajó, comió. Y unos instantes después lo volvió a hacer. Otra vez las carcajadas. Otra vez las galletas. Y entonces ocurrió algo que me dejó con la boca abierta: Tomás hizo un gesto. Llamó a Misha. Se apartó del plato pero no se fue. La esperó.

Cuando ella llegó y comenzó a comer, Tomás le dejó tres galletas — a ella que es glotona y tragona, a ella que en otras circunstancias no habría dudado en devorar todo. Ese gesto de cortesía, de ese macho fuerte reservando algo para su compañera sin aspavientos y sin esperar aplausos, me conmovió de una manera que no supe explicar esa noche. Me estaban enseñando. Me estaban mostrando cómo se convive, cómo se cuida, cómo el amor se expresa no en palabras sino en acciones concretas y pequeñas.

Lo que aprendí de ellos

Tomás me enseñó que la libertad es parte del carácter, y que amar implica respetar esa libertad aunque duela. Por eso escapa a veces. Por eso lo busco angustiado en las noches por los tejados. No es infidelidad. Es identidad. Y yo, que salgo a buscarlo con el corazón en la mano, aprendo de él lo más importante: no puedes amar a alguien y al mismo tiempo pedirle que deje de ser lo que es.

Misha me enseñó que las heridas de los inicios violentados se pueden sanar, que las cicatrices no definen el valor de quien las lleva. Llegó rota. Llegó asustada. Y con el tiempo, con paciencia y con presencia, se convirtió en una maestra del amor quieto.

Si algún día tienes la posibilidad de compartir tu vida con un animal, hazlo sin dudar. No como quien adquiere una mascota, sino como quien acepta un maestro. Ellos no mienten. No manipulan. No condicionan su amor. Escucha esos mensajes, hijo mío. Están en todas partes.

Lo que la fidelidad felina me enseñó sobre la familia

Observando la naturaleza, observando el comportamiento de los animales, viviendo con ellos — en el caso de los gatos, en el caso de los perros — he visto comportamientos que no son coherentes con ciertas narrativas que circulan sobre el mundo animal.

Cuando rescatamos a Mishita, ella no había tenido contacto con ningún macho de su especie; el único ser con el que convivía era su hermano, y al irse él de la casa, quedó sola. Luego se encontró con Tomás y comenzó a convivir con él. Tomás entra en celo con ella — y aunque está castrado (así llegó a mi vida, yo no lo castré), su instinto hace que haga todo lo que hacen los gatos cuando están en celo: tienen su juego, su aparente acto de apareamiento, que no se consuma porque está castrado.

Con el tiempo aparecieron otros gatos, y comencé a observar algo: Misha no se dejaba cortejar por esos otros machos. Se dejaba cortejar únicamente por Tomás, su primer gatico. He visto a tres gatos más — de la misma raza, monos los tres — intentarlo en sus tiempos de celo, siendo además mucho más jóvenes que Tomás. Se juntan entre ellos por ser iguales en apariencia, y cuando intentan montarla y Tomás sale a defenderla, Misha misma se mete a defenderlo a él. Y así como Tomás la defiende, también he visto que cuando uno de esos tres gatos es atacado, los otros dos enseguida corren a defenderlo.

No veo esa promiscuidad de la que tanto se habla en los animales. Lo que veo, en este caso particular, es un comportamiento simpático, bonito, leal. Lealtad. Y esa empatía de Tomás al darle comida a Misha: he visto que cuando le doy premios, galleticas, él come primero, me pide más, pero deja que ella se las coma — me las pide para ella. Eso me conmovió profundamente. Me hizo entender el espíritu de la familia, porque los humanos también conformamos familia. Y entender lo valioso que es eso.

Crea una buena familia, hijo, donde impere el respeto y el cariño mutuo, que no aprisione el alma sino que permita su expansión; que la lealtad sea un compromiso ejercido por el cariño y por el amor que no ata, por el deseo genuino de entregarte a ese ser. Entiende también que no necesitas a otro ser para ser plenamente dichoso y feliz: puedes compartir parte de tu vida, infinidad de momentos de ella, sabiendo que tu vida es tuya y solo a ti te pertenece aquí en el mundo de la materia, y a Dios en el mundo espiritual. La

responsabilidad de tu felicidad está solamente en tus manos y en tu manera de actuar.

El instinto que no necesita haber parido

Aunque Misha todavía no ha parido, no ha tenido su propia camada, llegaron a la casa dos gaticos pequeños — no eran recién nacidos, ya tenían unos tres o cuatro meses, pero seguían siendo muy pequeños. Ella los acogió, los cobijó, los acicala: sobre todo a la hembra, Atenea. En la madrugada, Misha baja, busca a la hembra donde esté, se pone frente a ella, la acicala, y se va. Hace lo mismo con el machito, Ikki, el hermanito de Atenea: lo acicala y vuelve a su lugar.

Los instintos de cuidado, de preservación, están siempre latentes en ellos. El que actúa en contra de su instinto es porque ha encontrado una disrupción en sí mismo: un dolor, un trauma, una herida que le impide vivir en armonía con lo que por naturaleza le corresponde.

Obviamente las cosas son buenas o malas dependiendo de la óptica desde donde se miren. El corazón, según cómo esté, es el que observa y mira. Si el corazón está limpio, habrá belleza. Si el corazón está sucio — lleno de tristeza, de dolor, de sentimientos densos — eso es lo que verá.

Aquiles — el amor incondicional con nombre de guerrero

Aquiles llegó a la vida de Simón José en un momento en que su padre ya sabía que el divorcio era casi inevitable. Antes de que llegara ese día — antes de que todo cambiara de forma — había que darle al niño algo suyo, algo que lo acompañara con la lealtad que los humanos a veces no podemos sostener. Simón siempre había querido un perrito. Y ese deseo merecía cumplirse. Así llegó Aquiles: con nombre de guerrero, con alma de guardián y con esa capacidad que tienen los perros de amar sin condiciones, sin reproches, sin memoria del daño.

Los perros enseñan algo que ningún libro de filosofía logra explicar con tanta elocuencia: el amor incondicional. Esa alegría que estalla en todo el cuerpo cuando ven llegar a quien aman. Esa mirada limpia, sin cálculo, sin reproches, sin historia. Cada vez que llegas, para ellos es el mejor momento del día. No importa cuánto tiempo pasaste afuera. No importa si llegaste triste o cansado. Están ahí, vibran, se mueven, te dicen con todo el cuerpo lo que muchos humanos no logran decir con palabras en toda una vida: te amo, me alegra que estés aquí, eres lo mejor que me pasa.

Aquiles cumplió también su función como padre. Una noche, en la mansión de un amigo en el centro de Cartagena — jardines, piscina, luz de estrellas —

Aquiles consumó su descendencia con la perra de ese amigo, que se había enamorado de él con esa certeza animal que no necesita tiempo ni palabras. De esa noche nacieron ocho cachorros. Y lo más hermoso no fue el número — fue el proceso: esa perra fue desterrada de la casa donde vivía, tratada como un estorbo cuando llegó el momento del parto, sacada a parir en otro lado como si dar a luz fuera una molestia. Pero no estaba sola. Alguien estuvo allí — le dio el cariño, la protección y el cuidado que merecía — y recibió a cada uno de sus cachorros con la misma devoción con que debería recibirse cualquier vida que llega al mundo.

Ver nacer una criatura — un perro, un gato, cualquier ser vivo — es una de las experiencias que más transforman a un ser humano. No hay manera de presenciar ese proceso y seguir siendo exactamente el mismo. Hay algo en ese instante — ese primer aliento, ese primer movimiento, esa lucha pequeña y feroz por existir — que te recuerda que la vida es sagrada. Que cada ser que llega merece ser recibido con amor, no con indiferencia.

La manada que se fue formando



*San Eligio en su taller. Petrus Christus, 1449. Metropolitan Museum of Art, Nueva York.
Dominio público.*

Después de Misha y Tomás vinieron más. Siempre vienen más, cuando el corazón está abierto. Llegó Diego. Llegó Giorno. Llegó Ikki con su hermana

Atenea. Llegó Nacho con su hermano Adolf. Nueve en total — y posiblemente vengan más, porque así funciona el amor cuando no le pones límite.

Cada uno llegó con su historia, con su temperamento, con su forma particular de decir lo que los animales siempre dicen cuando les das un hogar: gracias. Y cada uno enseñó algo distinto. La manada entera es una escuela de amor práctico — del que no teoriza, del que no condiciona, del que simplemente está, todos los días, sin excusas y sin expectativas.

Misha. Tomás. Aquiles. Diego. Giorno. Ikki. Atenea. Nacho. Adolf. Nueve nombres. Nueve maestros. Una sola lección: el amor no se agota cuando se reparte. Crece.

CAPÍTULO VIII

El herrero y la forja

Sobre el dolor, la templanza y lo que las pruebas construyen en ti

El herrero no está aquí para destruir el metal. Cada golpe que da, justo después de someter ese metal al calor del fuego, busca templanza. Busca dar forma visible a lo que aún no la tiene en el mundo material.

La forja muchas veces es vista y sentida como el momento duro de nuestras vidas, en donde se determina nuestra templanza. Cada hombre de esta tierra que desea su rectificación, antes debe morir — metafóricamente — para liberarse del condicionamiento humano del mundo dual. Morir para renacer. Destruir cada puente, cada camino que te permita regresar a lo que alguna vez fuiste.

La forja libera a nuestros espíritus. El dolor, la incomodidad, son las señales claras de que estás en el camino hacia tu verdadera libertad. No hay redención sin sufrimiento. Ese es el precio a pagar por recuperar la conciencia.

Las cicatrices son medallas

No será fácil porque deberás superar pruebas — duras unas, no tan duras otras — y cada guerra, cada lucha, dejará en ti cicatrices. No les prestes atención de víctima. Hazlas tus medallas para que te empoderen y te den valor cuando frente a tu puerta estés escuchando el toque del miedo que pretenda entrar en tu vida.

No huyas de él. Ábrele la puerta y enfrentalo con el valor que llevas en tu corazón. Vencerlo con dignidad y altura, como el gladiador que eres. Recuerda que eres un hijo de guerreros, que llevas eso en tu sangre. Lo llevas en tu apellido.

Naciste donde tenías que nacer

Naciste donde naciste porque en ese lugar te harás fuerte. Domina con inteligencia, no con gritos. El patrón de los gritos es el del miedo — el del que no tiene otro argumento. Tú tienes argumentos. Úsalos.

La única lucha que hay que dar, la única guerra, el único enemigo a vencer, es la interna. La propia. El trabajo de sombras — reconocer la oscuridad interna y transmutar los sentimientos negativos que surjan en torno a ella.

Las luchas son internas. Esas son las batallas que hay que ganar.

CAPÍTULO IX

La naturaleza humana

Sobre entender a las personas sin perder la fe en ellas



El jardín de las delicias (detalle). El Bosco, c. 1490-1510. Museo del Prado, Madrid. Dominio público.

La naturaleza humana se esconde detrás del civismo pero corre sobre el hambre. Toda vida quiere ventaja, certeza, importancia y un lugar para sentirse menos pequeña. El orgullo se disfraza de moralidad, el miedo se viste de cautela, y el deseo finge ser el destino.

La gente rara vez busca la verdad. Busca un alivio que se siente como la verdad. Rasca la superficie y la amabilidad se convierte en transacción, la lealtad en conveniencia, la convicción en comodidad. Entiende esto discretamente y dejarás de sorprenderte. Empezarás a leer acciones, no declaraciones.

Una vez que ves lo que mueve a la gente, finalmente ves lo que nunca puede confiarse ciegamente otra vez. Eso no es cinismo — es claridad. Y la claridad es una forma de respeto: hacia ti mismo y hacia los demás.

El poder de la observación

La capacidad de observar y escuchar te permitirá comprender los lazos y cómo las experiencias vividas — alegres, divertidas, traumáticas — forjan las conductas que las personas toman para sí mismas como rasgos de su personalidad. Sin entender que sus mentes y cuerpos están influenciados por infinidad de sustancias, hábitos y condicionamientos del mundo moderno.

Sé observador de tu entorno. Presta atención a cómo trata a los demás, cómo les habla, si existe coherencia entre lo que dice y lo que hace. Pensar, actuar, resultado. Esa es la cadena. Quien vive en coherencia dentro de esa cadena es confiable. Quien no, es peligroso sin importar cuánto te sonría.

El deseo y el karma

El deseo debe ser manejado con suma prudencia. Todo aquello que deseamos genera karma. Es vital saber y conocer el origen de ese deseo: por qué surgió, de dónde vino, qué lo alimentó, qué te alentó a actuar. Pensar antes de actuar y así edificar y crear el escenario perfecto para manifestar la gran obra de tu vida.

Tú y solo tú eliges lo que será de tu vida. No puedes culpar a nadie más por el resultado de lo que obtengas. Aprende de las circunstancias que se presentan — es duro, lo sé — pero en este curso de la vida, así nos tocó. Y eso es el producto y consecuencia de acciones — las mías, las tuyas, las de todos. Lo importante no es lo que nos pasó. Es cómo vamos a usar ese resultado y aplicarlo a nuestra vida.

Las garrapatas del poder

Hijo, los reyes están rodeados de aduladores — sobre todo aquellos reyes que heredaron el reino. Hay algo que yo llamo las garrapatas. Pero en este caso esas garrapatas no le causan picazón a su huésped, porque el huésped no se da cuenta de que son garrapatas: cumplen una función que se llama servilismo. Ese servil es una garrapata que te chupa porque necesita de ti, porque tú eres el poderoso, tú eres el que posee la materia, el poder que te da la materia. El servilismo no nace de querer servir, sino de servir para obtener el favor de esa materia.

Hay una situación completamente distinta cuando una persona te presta un servicio y obtiene a cambio una remuneración justa por ese servicio. Eso es una transacción transparente entre dos personas, en la que ambas obtienen

del otro un intercambio que les parece justo. Eso es preferible a tener supuestos amigos que te dicen lo que quieres escuchar, que se ríen de tus chistes, que te hacen sentir agradable para que no estés solo — pero que en realidad están contigo por el favor que obtienen de ti, por el privilegio de estar en tu compañía. Es algo complejo, porque el manipulador generalmente es un servil disfrazado: se pone la coraza del don de servir, pero se nutre de esa supuesta caridad a la que dice servir.

Es diferente, vuelvo y digo, cuando tú te entregas a un servicio, a una acción, a una actividad que de verdad beneficia a los demás. Hacer las cosas de la manera correcta genera el karma correcto. Confía en ti, en tu juicio, en tu criterio — basado en tu propia experiencia y en la experiencia que te fue transmitida por los que te queremos, por los que deseamos verte expandido en tu conciencia — generando una acción positiva para ti y un karma positivo para los demás. Eso es crear y cambiar el mundo que habitamos. Pero querer transformar a las personas a la fuerza, imponiéndoles nuestra voluntad, es generar una tensión entre las partes que producirá consecuencias kármicas desequilibradas para ambas.

Ser honesto en la palabra y dejar claro lo que se desea es necesario en algunos casos. En otros, la prudencia es indispensable para conservar la ventaja sobre la intención planteada, para obtener la victoria en el juego que se decida jugar. El mejor asesor es tu corazón. Escúchalo siempre. El corazón debe estar balanceado: sin ira, sin rabia, sin odio, sin celos, sin codicia, sin dolor, sin resentimiento, sin culpa, sin traición — y otras cosas más que se denominan sentimientos de baja vibración, energía negativa. Esa energía no es ni buena ni mala; es simplemente energía densa, de baja vibración. Lo que para un individuo puede ser una baja vibración perjudicial, para otro puede resultar beneficiosa. Lo importante, vuelvo y digo, es que las dos partes — al negociar, al establecer el vínculo, el acuerdo, la transacción — estén equilibradas.

CAPÍTULO X

El centro y los opuestos

Sobre la fragmentación de la mente, la ley de los opuestos y el universo que eres



Cristo Pantocrátor, mosaico bizantino. Santa Sofía, Estambul. Dominio público.

Querido Simón José: vivimos en una época en que la mente humana es bombardeada todos los días con nuevas categorías, nuevas identidades, nuevos conflictos, nuevas divisiones. No te digo esto para que juzgues a nadie — te lo digo para que lo veas. Para que puedas reconocer el mecanismo cuando lo encuentres frente a ti. Una mente que está permanentemente dividida, que no tiene centro, que no sabe de dónde viene ni qué es, es una mente mucho más fácil de moldear, de manipular, de dirigir hacia donde otros quieren que vaya. La fragmentación no es liberación. Es vulnerabilidad disfrazada de apertura.

El antídoto no es el cierre ni el rechazo. El antídoto es el centro. Tener un centro sólido — saber quién eres, de dónde vienes, qué valores te mueven —

es lo que te permite relacionarte con todo el caos del mundo sin ser arrastrado por él. Puedes entender sin perder tu esencia. Puedes escuchar sin disolverse. Puedes moverte en el mundo con curiosidad y sin miedo, porque sabes que tienes un ancla.

La ley de los opuestos

Este mundo es como es: hombre y mujer, alto y bajo, negro y blanco, día y noche, frío y calor, suave y rugoso, mojado y seco, gordo y flaco. Siempre hay un opuesto. Siempre hay un polo que complementa. Y los opuestos no se destruyen — se atraen, se necesitan, generan entre sí el movimiento que produce la vida.

La biología es elocuente al respecto. Macho y hembra para generar la vida — esa ley está inscrita desde las criaturas unicelulares hasta los mamíferos más complejos. No como juicio moral sino como arquitectura de la existencia. La naturaleza lleva millones de años perfeccionando ese mecanismo. Cada célula de tu cuerpo, cada microorganismo que vive dentro de ti y cumple una función vital, cada órgano que trabaja en simbiosis con otros — todo ese universo interno funciona porque hay orden, porque hay complementariedad, porque cada parte sabe cuál es su rol dentro del todo.

Eres un universo, hijo mío. Cada persona lo es. Dentro de ti hay riñones, hígado, corazón — seres que tienen vida propia y cumplen un servicio. Dentro de esos órganos hay microorganismos que cumplen funciones dentro del tejido celular. Eres una simbiosis, un ecosistema completo. Y para que ese ecosistema funcione bien, necesita orden. Necesita que cada parte esté en su lugar, haciendo lo que vino a hacer.

La vida como camino completo

A eso vinimos: a caminar ese camino completo. Con sus tropezones y sus escalones que hemos subido. Con sus noches de frío, sus noches de hambre, sus días difíciles. Con sus días de alegría, sus días de descanso, sus días de paz y quietud. Con sus días de esfuerzo y sus días de recompensa. Esa es la vida entera — no solo la parte cómoda, no solo la parte dolorosa. Las dos. Siempre las dos.

Integra toda esa información. No la deseches porque duela. No la glorifiques porque fue difícil. Simplemente intégrala — hazla parte de ti, tuya, tuya de verdad — y úsala para crecer. Todo lo que has vivido, todo lo que vivirás, tiene un propósito dentro del arco completo de tu existencia. Incluso lo que no entiendes ahora. Especialmente lo que no entiendes ahora.

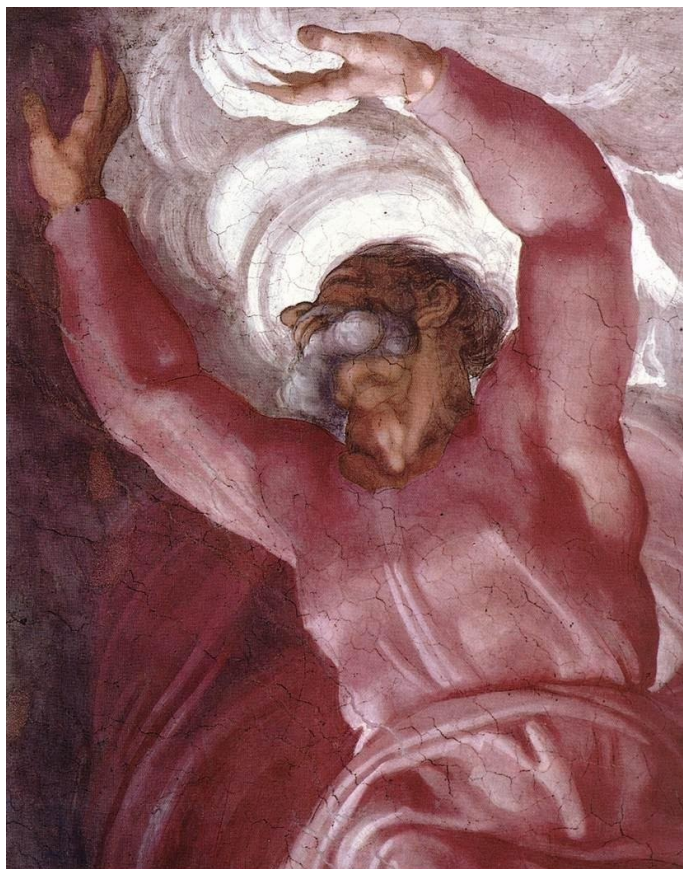
El caos que ves afuera — y habrá mucho caos — está ordenado porque hay un orden divino detrás de todo lo que parece desorden. Veo, entiendo, asimilo, comprendo, proceso. Pero no tengo que aceptar lo que se impone como verdad absoluta si no resuena con mi esencia. Esa capacidad de discernir sin cerrar el corazón, de entender sin perder el centro, es uno de los regalos más valiosos que puedo dejarte.

Cuida tu centro, hijo. Cuida tu esencia. No la vendas por pertenecer, no la diluyas por agradar, no la abandones por miedo a quedar solo. El que tiene centro nunca está realmente solo — porque está completo.

CAPÍTULO XI

La bóveda celeste y la memoria del mundo

Lo que todas las tradiciones antiguas sabían sobre el firmamento, el árbol del mundo y la puerta de luz



La separación de la luz y las tinieblas. Miguel Ángel, Capilla Sixtina, c. 1512. Ciudad del Vaticano. Dominio público.

Antes de que existieran los satélites, antes de que existiera la NASA, antes de que existiera cualquier agencia gubernamental con interés en decirnos dónde

vivimos y qué forma tiene el lugar que habitamos, los seres humanos de todas las culturas del planeta compartían una visión extraordinariamente similar del cosmos. No porque se hubieran comunicado entre sí — muchas de estas civilizaciones no tuvieron ningún contacto. Sino porque miraban el mismo cielo, sentían la misma tierra bajo sus pies, y llegaban a las mismas conclusiones fundamentales a través de la observación directa y la experiencia espiritual.

Esa visión compartida era esta: vivimos en un plano. Sobre nosotros hay una bóveda — un firmamento sólido o semisólido que separa las aguas de abajo de las aguas de arriba. Las estrellas están fijas en esa bóveda o colgadas de ella. El cielo gira. Nosotros somos el punto fijo. Y en algún lugar de esa arquitectura existe una puerta, un eje, un árbol, un puente de arcoíris — un camino luminoso que conecta este plano de existencia con los reinos que están más allá del firmamento.

I. Mesopotamia y el Antiguo Oriente: el primer mapa del cosmos



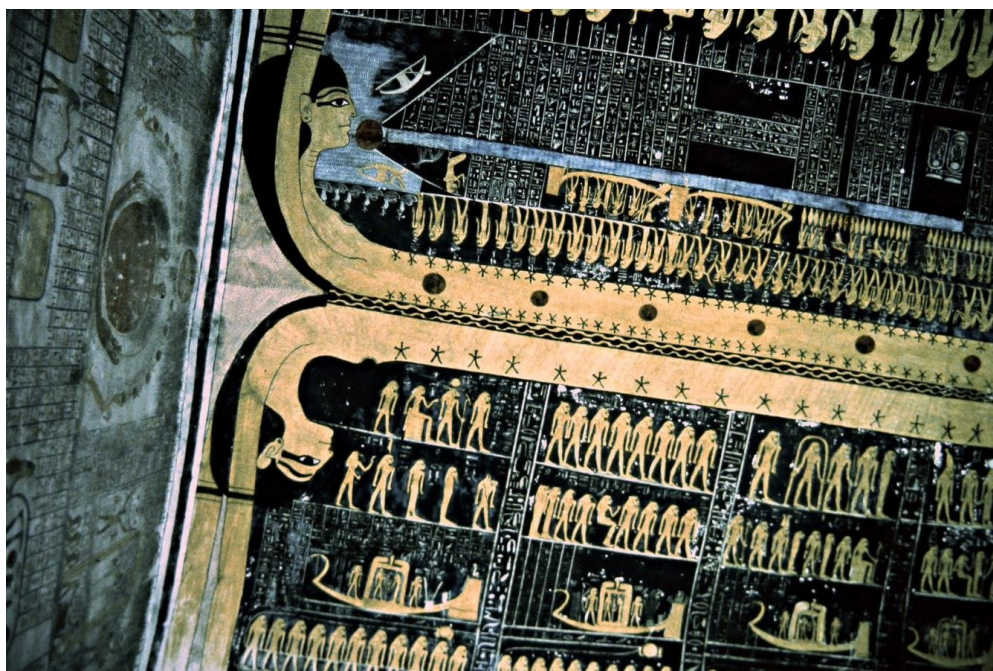
Mapa babilónico del mundo (~600 a.C.). Tablilla de arcilla, British Museum, Londres (BM 92687). Dominio público.

En Babilonia, alrededor del año 1000 a.C., los escribas tallaron en arcilla uno de los mapas más antiguos que se conocen. En él, la Tierra aparece como un disco plano y circular con la ciudad de Babilonia en el centro, rodeada por un océano primordial llamado el Océano Amargo. Sobre ese disco, según los textos cosmológicos mesopotámicos, se elevaba una bóveda sólida — el firmamento — que separaba las aguas superiores de las inferiores. Las estrellas estaban fijas en esa bóveda. La lluvia era el agua superior filtrándose

a través de ella. Y debajo de la Tierra existía otro océano, el Apsu, del que nacían los ríos y los manantiales.

Esta cosmología no era primitiva ni ignorante. Era el resultado de siglos de observación meticulosa del cielo, de registro astronómico, de comprensión de los ciclos de Venus y la Luna. El estudioso Paul Keyser llama a esta visión la “cosmología de cuna” — una estructura básica del cosmos que aparece de forma independiente en culturas que jamás se conocieron entre sí, como si fuera una memoria compartida de la especie.

II. Egipto: la diosa que es el cielo



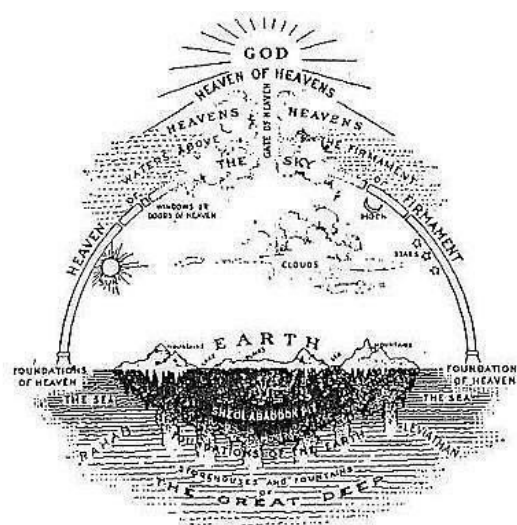
La diosa Nut en el techo astronómico de la tumba de Ramsés VI (KV9), Valle de los Reyes, c. 1145-1137 a.C. Dominio público.

En el antiguo Egipto, el cielo era la diosa Nut — una figura femenina cuyo cuerpo cubierto de estrellas se arqueaba sobre la Tierra plana, tocándola con las puntas de los dedos y los pies. Cada noche, Nut se tragaba al Sol. Cada mañana lo daba a luz de nuevo. El cosmos era un ser vivo, femenino, cíclico. La Tierra — el dios Geb — yacía debajo de ella, horizontal, extendido. Entre los dos, el dios del aire, Shu, los mantenía separados.

En esta cosmología, la muerte no era un fin sino un viaje — el alma del faraón ascendía a través del cuerpo de Nut hacia el reino de las estrellas imperecederas, las que nunca se ponen. Los rituales del Libro de los Muertos eran precisamente eso: instrucciones detalladas para navegar ese viaje, para pasar por las puertas, para responder las preguntas de los guardianes, para

llegar finalmente al campo de Aaru — el reino luminoso donde la conciencia descansaba en paz.

III. Los hebreos y el Génesis: el firmamento que divide las aguas



THE ANCIENT HEBREW CONCEPTION
OF THE UNIVERSE

TO ILLUSTRATE THE ACCOUNT OF CREATION AND THE FLOOD

Illustration from George L. Robinson, *Leaders of Israel*
(New York: NY: Association Press, 1913), p. 2.

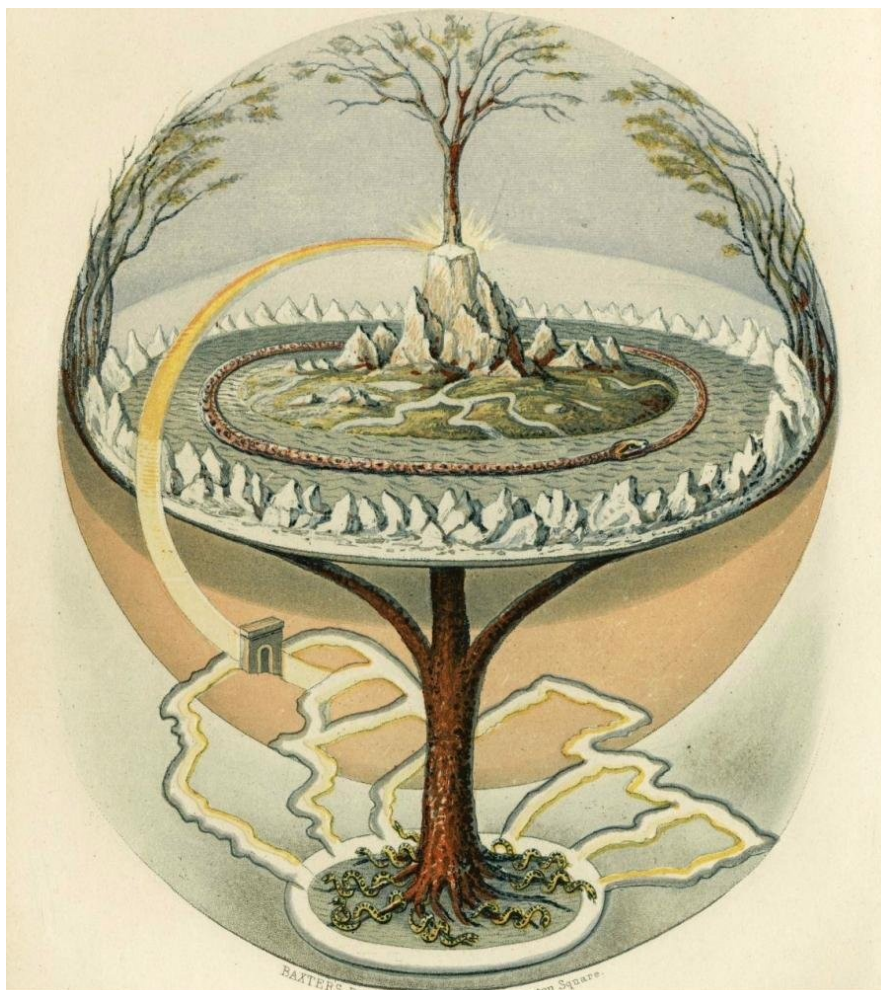
Reprinted with permission from A.J. Matill: *The Seven Mighty Blows to
Traditional Beliefs*, by A.J. Matill. : Flatwoods Free Press, 1995.*

La concepción hebrea antigua del universo. Ilustración de George L. Robinson, Leaders of Israel (Nueva York, 1913). Dominio público.

El segundo día de la creación, según el Génesis, Dios dijo: “Haya un firmamento en medio de las aguas, que separe las aguas de las aguas.” En hebreo, esa palabra — *raqia* — significa literalmente una superficie extendida, golpeada o aplastada, como una lámina de metal. No es una metáfora poética. Es una descripción cosmológica concreta: una bóveda sólida que separaba el océano celestial superior del mundo inferior.

Las ventanas del firmamento se abrían para dejar pasar la lluvia. El Sol, la Luna y las estrellas estaban fijados en él. Y la Tierra circular y plana flotaba sobre las aguas de abajo. Esta no era la cosmología de hombres ignorantes — era la cosmología de los profetas, de los sabios, de los que escribieron los textos que durante milenios guiaron la espiritualidad de Occidente.

IV. Los griegos y los vikingos: el árbol del mundo y el puente de arcoíris



Yggdrasil, el árbol del mundo nórdico, con el Bifröst y la serpiente Jörmungandr rodeando Midgard. Ilustración Baxters, siglo XIX. Dominio público.

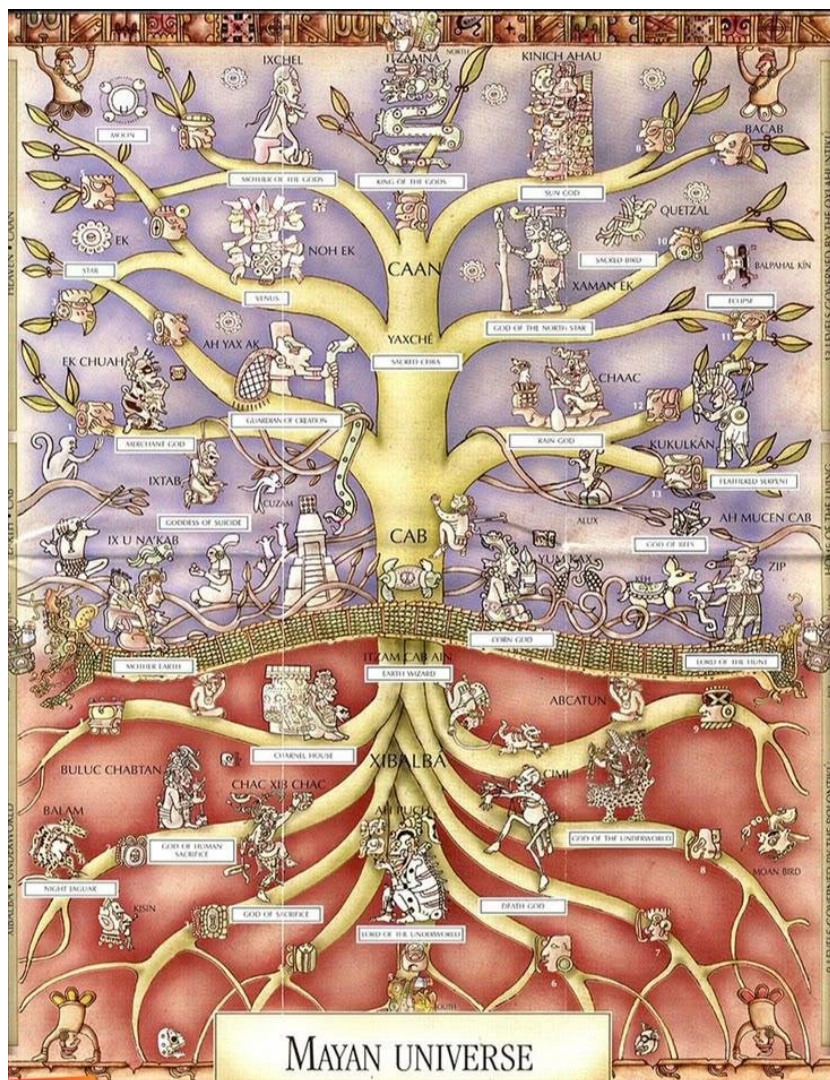
Los griegos antiguos — Homero, Hesíodo, Tales de Mileto, Lucrecio, Demócrito — describieron una Tierra plana y circular rodeada por el océano Okeanos, con un firmamento sólido sobre ella sostenido por pilares. Más tarde, filósofos como Aristóteles desarrollaron el modelo esférico geocéntrico — la Tierra en el centro, el cosmos girando a su alrededor — que durante siglos fue la cosmología oficial de Occidente. En ambos casos, el principio fundamental era el mismo: somos el centro. El cosmos gira alrededor de nosotros.

En la mitología nórdica, el cosmos es un árbol gigante — Yggdrasil — cuyas ramas sostienen los cielos y cuyas raíces se hunden en el inframundo. La Tierra de los hombres, Midgard, está en el centro. Alrededor de ella, el océano. En ese océano, la serpiente Jörmungandr rodea el mundo entero y se

muerde la cola. Y conectando Midgard con Asgard — el reino de los dioses — existe el Bifröst: el puente arcoíris. Una vía luminosa, iridiscente, hecha de luz y fuego, por la que los dioses descienden al mundo de los hombres y por la que las almas elegidas ascienden al reino celeste.

En la tradición céltica irlandesa existe un concepto análogo: el Tír na nÓg, la Tierra de la Eterna Juventud, a la que se accede a través del mar o de puertas especiales en la naturaleza — colinas, lagos, cavernas. No es la muerte. Es un viaje. Una transición de un plano de conciencia a otro más elevado, más luminoso.

V. Los mayas y los aztecas: los trece cielos y el árbol de ceiba



El universo maya: la ceiba sagrada (Wakah-Chan) con sus trece cielos, el mundo de los hombres y el inframundo Xibalba. Dominio público.



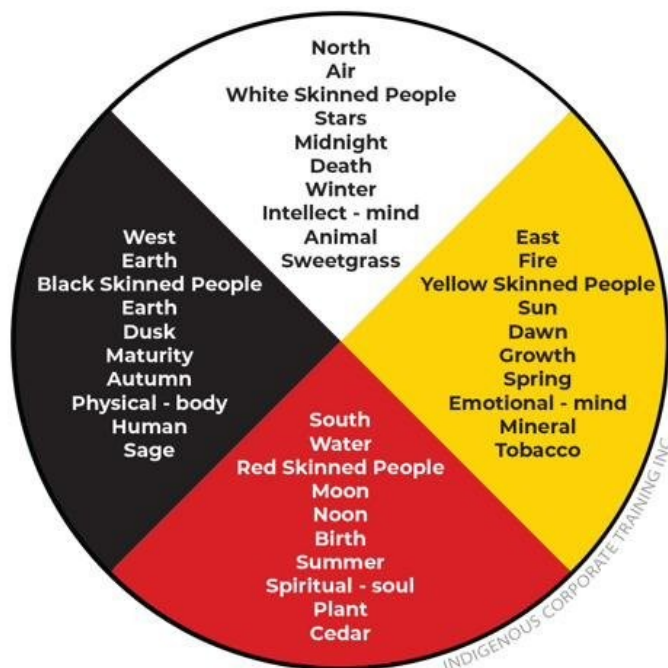
Cosmos azteca: la Tierra plana con pirámide central bajo la bóveda celeste y los cuatro rumbos del universo. Dominio público.

Para los mayas, el cosmos tenía tres planos fundamentales: el inframundo (Xibalbá), el mundo de los hombres, y los cielos superiores — trece niveles ascendentes, cada uno habitado por deidades distintas. El eje que conectaba estos tres planos era la ceiba sagrada, el árbol del mundo — el Wakah-Chan — cuyas raíces bajaban al inframundo, cuyo tronco atravesaba el plano humano, y cuyas ramas se extendían hacia los trece cielos. Era el axis mundi maya: el punto fijo alrededor del cual giraba todo el cosmos.

La Tierra, para los mayas, era estacionaria y fija. Solo los objetos del cielo se movían. El Popol Vuh — el libro sagrado de los quiché — narra la creación del mundo y de los hombres como un proceso de prueba y error divino, en el que los creadores intentaron varias veces hacer seres capaces de recordar y honrar a sus creadores. Los hombres de maíz — la humanidad actual — son el cuarto intento. Somos, según esta cosmología, el resultado de un experimento de conciencia.

Los aztecas, por su parte, concebían el cosmos como una serie de eras o “soles” — ciclos de creación y destrucción. Vivimos en el Quinto Sol, el último, el que terminará con un gran temblor. La cosmología azteca era profundamente cíclica: todo lo que existe está destinado a regresar al origen, a disolverse y renacer. La muerte no era el fin — era la puerta al siguiente ciclo.

VI. Los pueblos originarios de América del Norte: la rueda de medicina y el Gran Espíritu



Rueda de Medicina de los pueblos nativos americanos. Los cuatro puntos cardinales, sus colores, elementos y estaciones sagradas. © Indigenous Corporate Training Inc.

Para los apaches, los lakota, los cherokee y la mayoría de los pueblos originarios de América del Norte, el mundo era un ser vivo y sagrado — Unci Maka, la Madre Tierra — sobre el que los hombres vivían como huéspedes responsables. El cosmos estaba organizado en los cuatro puntos cardinales, con un centro sagrado donde se conectaban el cielo y la tierra. El chamán era el viajero entre mundos — el ser capaz de ascender por el eje central, atravesar el firmamento, y comunicarse con los espíritus del mundo superior.

La rueda de medicina lakota divide el cosmos en cuatro cuadrantes, con el árbol del mundo — la ceiba, el álamo, el roble sagrado según la tribu — en el centro. Por ese árbol se viaja. A través de él se reza. En torno a él se baila la danza del sol, el ritual de conexión con el Gran Espíritu que sostiene todo lo que existe.

VII. India, China y el hinduismo: el monte Meru y el dragón celestial



Mandala cosmológico tibetano-budista con el Monte Meru. Pintura thangka, tradición budista tibetana. Dominio público.

En las tradiciones del hinduismo, el jainismo y el budismo, el cosmos está organizado en torno al Monte Meru — una montaña sagrada en el centro del mundo, cuya cima toca los cielos y cuyas raíces alcanzan el inframundo. Alrededor de él, los cuatro continentes se extienden como los pétalos de una flor. El cosmos es plano, extendido, con el eje vertical del Monte Meru como único punto de conexión entre los planos.

En la antigua China, la Tierra era plana y cuadrada, el cielo era redondo y giraba sobre ella. El dragón celestial era el guardián del firmamento, y los emperadores — el Hijo del Cielo — eran los intermediarios entre el mundo humano y el mundo divino. La astronomía china fue de las más precisas del mundo antiguo. Y su cosmología, sin embargo, mantenía la Tierra como punto fijo y el cielo como el que se movía.

VIII. El puente de luz: la forma de salir

En todas estas tradiciones — sin excepción — existe un elemento común: la posibilidad de trascender este plano. No en la muerte únicamente, sino en vida, a través de estados alterados de conciencia, de rituales de purificación, de meditación profunda, de prácticas chamánicas. El chamán sube por el árbol del mundo. El yogui asciende por la columna de kundalini. El místico cristiano sube la escalera de Jacob. El sufí se disuelve en la luz divina. El alma maya viaja por los trece cielos.

En el mito de Er de Platón — uno de los textos más hermosos de la filosofía griega — el héroe muere en batalla y su alma viaja a través de un canal de luz iridiscente, multicolor, que los filósofos han comparado con el Bifröst nórdico. Allí ve a las almas de los muertos eligiendo su próxima encarnación, guiadas por el gran huso de ocho esferas concéntricas que gira bajo la supervisión de las Tres Parcas. La reencarnación. El viaje del alma. La luz como vehículo.

La ciencia moderna tiene su propio nombre para esto: emisión de fotones de baja intensidad, bioluminiscencia celular, el cuerpo como emisor de luz. La física cuántica ha demostrado que la materia es, en última instancia, energía vibratoria. Y que la luz — los fotones — son la forma más pura de esa energía. Convertirse en luz no es una metáfora poética de las tradiciones antiguas. Podría ser la descripción más precisa que esas tradiciones tenían del proceso que la física apenas ahora empieza a comprender.

Querido Simón José: no te digo todo esto para que creas en la tierra plana ni para que rechaces la ciencia moderna. Te lo digo para que entiendas algo fundamental: durante miles de años, en todos los rincones del planeta, los seres humanos más sabios, más observadores y más espirituales de sus culturas compartieron una visión del cosmos en la que tú y yo somos seres de luz temporalmente contenidos en materia. En la que existe un camino de regreso. En la que la muerte no es el fin sino la puerta.

Esa es la herencia más antigua de la humanidad. No la heredaste de ninguna religión en particular — la heredaste de la especie. Está en tu sangre, en tu ADN, en esa intuición que a veces te despierta de madrugada con la certeza de que hay algo más, de que esto no es todo, de que eres mucho más grande que este cuerpo que habitas.

Confía en esa intuición. Es la más antigua que tenemos.

CAPÍTULO XII

Lo que altera y lo que libera

Sobre las sustancias, la conciencia y el arte de conocerse antes de experimentar



Éxtasis de Santa Teresa. Gian Lorenzo Bernini, 1647-1652. Capilla Cornaro, Santa Maria della Vittoria, Roma. Dominio público.

Querido Simón José: este capítulo no es una invitación. Es una conversación honesta sobre algo que va a existir en tu mundo independientemente de lo que yo diga o deje de decir. Las sustancias que alteran la conciencia han estado presentes en todas las culturas humanas desde los orígenes de la especie. Los chamanes las usaban para acceder a otros planos de percepción. Los griegos las incorporaban en sus rituales de los misterios eleusinos. Los pueblos amazónicos las trabajan como medicina y como herramienta de conocimiento. El ser humano siempre ha tenido la curiosidad de explorar los límites de su propia conciencia. Eso no va a cambiar porque yo te lo pida.

Lo que sí puede cambiar es el nivel de información con que llegues a ese momento. Y esa es la única herramienta real que tengo para darte: conocimiento. Porque entre más sepas sobre lo que una sustancia hace dentro de tu organismo, más capaz serás de tomar una decisión consciente — y si decides experimentar, de hacerlo con respeto, con preparación y con la madurez que ese tipo de exploración requiere.

Tu cuerpo ya fabrica esas drogas

Aquí está una de las verdades más importantes que puedo compartirti, y que muy pocos padres le dicen a sus hijos con esta claridad: todas las sustancias que producen estados alterados de conciencia tienen análogos que tu propio cuerpo fabrica de manera natural. La dopamina, la serotonina, la oxitocina, la adrenalina, la DMT endógena — tu organismo es una farmacia extraordinariamente sofisticada que produce sus propios estados de euforia, de calma profunda, de visión expandida, de amor incondicional.

El ejercicio físico intenso libera endorfinas que producen un estado de euforia natural. La meditación profunda activa regiones del cerebro similares a las que activan ciertos enteógenos. El ayuno regulado, la respiración consciente — técnicas como el método Wim Hof o la respiración holotrópica — pueden producir estados alterados de conciencia sin ninguna sustancia externa. El enamoramiento inunda el cerebro de dopamina y oxitocina de maneras que ninguna droga puede replicar completamente.

Aprender a acceder a esos estados a través de las herramientas que tu propio cuerpo te ofrece es la habilidad más valiosa. No porque las sustancias externas sean necesariamente malas — sino porque quien conoce su propia farmacia interna nunca es esclavo de ninguna farmacia externa.

El cannabis: lo que hace, lo que altera, lo que requiere

El cannabis es la sustancia psicoactiva de origen vegetal más consumida en el mundo. Sus compuestos activos — principalmente el THC (tetrahidrocannabinol) y el CBD (cannabidiol) — interactúan con el sistema endocannabinoide, un sistema receptor que tu propio cuerpo posee de manera natural. Esto significa que tu cerebro ya tiene receptores diseñados para este tipo de compuestos — lo que indica que la planta y el ser humano han coevolucionado durante milenios.

Lo que el cannabis puede hacer en un cerebro adulto y maduro, utilizado con consciencia: ampliar la percepción sensorial, facilitar conexiones creativas entre ideas aparentemente distantes, reducir la ansiedad y la inflamación, potenciar estados meditativos, ayudar a procesar experiencias emocionales difíciles. En contextos terapéuticos controlados, ha demostrado utilidad en el manejo del dolor crónico, el estrés postraumático, las náuseas en pacientes oncológicos y diversas condiciones neurológicas.

Lo que el cannabis hace en un cerebro en desarrollo — antes de los 21 a 25 años, cuando la corteza prefrontal todavía está madurando — es otra historia completamente distinta. Las investigaciones científicas son consistentes en este punto: el consumo frecuente durante la adolescencia está asociado con

alteraciones en el desarrollo de la memoria de trabajo, la capacidad de planificación y la regulación emocional. No porque la planta sea maligna — sino porque el cerebro adolescente es un sistema en construcción que no debe ser interferido químicamente de manera crónica.

Si en algún momento de tu vida adulta decides experimentar con cannabis — siendo mayor de edad, en un entorno seguro, con personas de confianza, sin mezclar sustancias y sin ninguna obligación ni presión social — esa es una decisión que te corresponde a ti. Mi trabajo no es prohibirte. Mi trabajo es asegurarme de que cuando llegues a ese momento, llegues informado.

La libertad verdadera requiere temple

Tenemos el lujo — y uso esa palabra con toda la intención — de ser seres con libre albedrío. Podemos hacer lo que se nos antoje. Podemos explorar, experimentar, descubrir. Esa libertad es sagrada y no me corresponde a mí limitarla. Pero toda libertad verdadera tiene una dirección: la del este, por donde sale el sol, que dicta el ritmo de todo lo que aquí acontece. Una libertad sin dirección es solo impulso. Una libertad con temple es poder real.

El temple se construye aprendiendo a regularse. A respirar. A conocer qué estados internos puedes generar sin ayuda externa — y cuáles requieren herramientas adicionales. A entender la diferencia entre usar algo como herramienta consciente y usarlo como escape inconsciente. Esa diferencia no está en la sustancia. Está en ti, en el nivel de conciencia con que te aproximas a cualquier experiencia.

La educación real — no la que nos pusieron en la escuela a memorizar — es la que nos enseña a entender nuestro propio organismo, a respetar las energías de este lugar, a ajustarnos a los ritmos que la naturaleza impone. Todo es posible. Todo se puede explorar. Entre más información tengas, más libre serás de verdad — porque la libertad sin información no es libertad. Es ruleta rusa.

Conócete primero. Luego explora. Siempre con respeto. Siempre con información. Siempre siendo tú el que decide, no la presión del entorno.

La coca y la cocaína: la misma planta, dos mundos opuestos

Hay una distinción fundamental que nadie te enseña en la escuela porque requiere matizar, y los sistemas educativos prefieren las respuestas simples: la hoja de coca no es la cocaína. Son la misma planta en estados completamente distintos — con frecuencias, intenciones y efectos opuestos.

La hoja de coca en su estado natural — masticada o en infusión, tal como la usan los pueblos indígenas andinos desde hace milenios — es un alimento,

una medicina, una herramienta espiritual. Combate el mal de altura, sostiene el cuerpo en condiciones extremas, clarifica la mente suavemente. Conserva el elemental de la planta: su energía original, su frecuencia luminosa, la intención de la tierra que la creó.

La cocaína es el resultado de un proceso violento — químicamente y energéticamente. La planta es sometida con solventes, ácidos y productos químicos industriales hasta quedar reducida a un alcaloide de alta potencia, despojado de todo su contexto natural. Lo que llega al usuario final ya no lleva la frecuencia de la tierra. Lleva la energía densa del proceso que la produjo, de la violencia que la rodea, de la sangre que costó transportarla.

Neurobiológicamente, la cocaína bloquea la recaptación de dopamina produciendo una euforia artificial intensa. El ego se infla. La persona siente que lo entiende todo, que puede todo. Esa sensación — que se confunde con empoderamiento — es exactamente el arma: alimenta al ego con energía prestada que después cobra con intereses devastadores. El cerebro, habituado a esos picos artificiales, pierde la capacidad de generar satisfacción con los estímulos naturales. La vida ordinaria se vuelve insoportable. Y el ciclo se cierra sobre sí mismo.

No es la cocaína la que da el poder. Es la ilusión del poder lo que la hace adictiva. Y esa ilusión le cuesta al que la cree exactamente lo que tenía de verdadero.

La máscara que todos construimos

Querido Simón José: todos construimos una máscara. Un personaje. Una versión de nosotros mismos que mostramos al mundo y que, con el tiempo, empezamos a creer que somos. Esa máscara se construye a medida — moldeada por los ambientes en que crecimos, por las heridas que no procesamos, por los miedos que se disfrazaron de identidad. No es maldad. Es supervivencia.

El problema surge cuando la máscara se confunde con el ser. Cuando alguien ha invertido tanta energía en construir y mantener ese personaje que reconocer un error se vuelve imposible — porque el error no sería solo un error, sería la prueba de que el personaje era una ficción. Y sin esa ficción, sin esa coraza, el individuo queda frente al vacío de no saber quién es. Eso genera negación, proyección, narrativas alternativas. Eso genera sufrimiento propio y daño a los que están cerca.

La persona que ves en la calle en el estado más oscuro de su existencia — el que usa sustancias para no sentir, el que agrede porque no sabe cómo pedir ayuda — es una persona adolorida con situaciones no resueltas que encontró

en eso la única salida que podía ver. No merece condena. Merece comprensión. Y la comprensión no es aprobación — es entender de dónde viene el dolor que genera ese comportamiento. Eso te protege de juzgar y de ser juzgado.

La sanación verdadera — la que la neurociencia llama neuroplasticidad y las tradiciones espirituales llaman despertar — empieza exactamente ahí: en el momento en que uno se atreve a mirar debajo de la máscara sin destruirse. En que reconoce el error sin que ese error lo defina. En que entiende que el personaje que construyó para sobrevivir ya no es necesario — y que lo que hay debajo es mucho más real, más sólido y más valioso que cualquier coraza.

Pensar diferente deriva en sentir diferente. Sentir diferente deriva en actuar diferente. Actuar diferente construye una vida diferente. Eso es la neuroplasticidad. Eso es la promesa biológica que llevas inscrita en cada neurona: que el cambio es posible. Siempre. A cualquier edad. Desde cualquier punto de partida.

CAPÍTULO XIII

El juego, las almas y el Arquitecto

Teorías, posibilidades y preguntas que el lector deberá responder por sí mismo



Dios como Arquitecto del Universo. Biblia Moralisée, Codex Vindobonensis 2554, c. 1220-1230. Biblioteca Nacional de Austria, Viena. Dominio público.

Nota sobre este capítulo. Lo que sigue es material complementario al cuerpo central de esta obra. No es una conclusión. No pretende cerrar, resolver ni sentenciar nada de lo planteado hasta aquí — ni de lo que vendrá después. Es, en su naturaleza misma, un espacio de preguntas abiertas: teorías y posibilidades que el autor presenta para que el lector las sostenga, las cuestione y, finalmente, decida por sí mismo qué hacer con ellas. Si el resto

del libro te entregó respuestas y herramientas, este capítulo te entrega únicamente más preguntas. Eso también es un regalo.

El juego del engaño — o quién empuña el arma de verdad

Simón José:

Hay una verdad que la historia lleva siglos susurrando a los que tienen oídos para escucharla, y que yo quiero grabarte en el centro del alma antes de que el mundo intente convencerte de lo contrario.

Los grandes perpetradores del mal en la humanidad — no los que la historia enseña en sus libros escolares, sino los verdaderos, los que acumularon más muertes que cualquier nombre conocido y aun así no aparecen en los carteles de los museos — ninguno de ellos empuñó un arma. Ninguno bajó al campo de batalla. Ninguno miró a los ojos al hombre al que mandó a matar. Fabricaron el odio con la misma frialdad con que otros fabrican el pan, y lo repartieron entre el pueblo como si fuera alimento.

Hitler no disparó un solo tiro. Los emperadores que ordenaron genocidios comieron bien esa noche. Los que han enviado a millones de jóvenes a morir en guerras que no entendían, por causas que no habían elegido, contra enemigos que jamás los habían ofendido — esos duermen en camas de sábanas finas mientras la tierra absorbe la sangre de los que creyeron.

Y sin embargo, la historia en sus libros escolares señala un solo nombre. Guarda silencio sobre los demás. Sobre Gengis Kan, que en el siglo XIII arrasó Asia Central, Persia, China y Europa Oriental, borrando del mapa ciudades enteras, con entre 40 y 60 millones de muertos calculados — en un mundo con mucha menos población que el nuestro. Sobre Tamerlán — Timur el Cojo — que cimentó su imperio con torres de cráneos humanos y dejó entre 17 y 20 millones de cadáveres. Sobre Mao Zedong, cuyas políticas en la China del siglo XX — el Gran Salto Adelante, la Revolución Cultural — ocasionaron la muerte de entre 40 y 80 millones de sus propios compatriotas. Sobre José Stalin, que entre purgas, gulags y hambrunas inducidas eliminó entre 6 y 20 millones de vidas en la Unión Soviética. Sobre el rey Leopoldo II de Bélgica, que convirtió el Congo en una plantación de terror personal, amputando manos y segando vidas hasta acumular entre 10 y 15 millones de muertos, todo ello desde la comodidad de sus palacios europeos, sin pisar jamás ese suelo que desangró. Sobre los arquitectos del comercio transatlántico de esclavos — nombres desperdigados en actas notariales de puertos prósperos — que durante cuatro siglos deportaron, encadenaron y exterminaron a más de 12 millones de almas africanas. Sobre los conquistadores que, al llegar al Nuevo Mundo, diezmaron civilizaciones enteras que habían construido conocimiento que Europa tardó siglos en comprender.

Ninguno de ellos empuñó un arma. Todos firmaron documentos. Todos pronunciaron discursos. Todos durmieron.

¿Y quién la derramó, esa sangre? El pueblo. El inocente. El que creyó. El que dejó que la idea de otro minara su paz, le arrebatara el equilibrio, convirtiera su mente en un océano de tempestad — y aprendió a odiar a un ser humano al que nunca había visto, nunca había tocado, nunca había conocido. Aprendió a odiarlo únicamente porque alguien se lo dijo. Porque las películas se lo mostraron. Porque los libros de historia que alguien escribió, con la intención que tenían al escribirlos, se lo enseñaron desde niño.

Ese es el juego, hijo mío. El juego más antiguo del mundo: divide y vencerás. Divide y reinarás. Mientras el pueblo se mata entre sí, ¿a quién beneficia? Al que fabrica las armas para que nos matemos. Al que fabrica los uniformes. Al que abastece los ejércitos. Al que presta el dinero para financiar ambos lados de la misma guerra. Esos son los que ganan. Siempre. En cada guerra. En cada conflicto. En cada vez que dos pueblos hermanos, igualmente inocentes, igualmente engañados, se destruyen mutuamente sobre un campo de batalla que ninguno de los dos eligió.

¿En qué te beneficiaría a ti ir a matar a alguien que no conoces, que está a miles de kilómetros de donde naciste, que nunca te ha hecho daño, que tal vez esa misma noche también está abrazando a un hijo igual que tú?

No te dejes engañar, hijo. No permitas que la mente de otro colonice la tuya. No permitas que el odio — que siempre llega disfrazado de justicia, de patria, de deber, de honor — contamine esa conciencia divina y preciosa que traes contigo desde antes de nacer y que tienes la misión de pulir cada día.

La verdadera batalla no es contra otro ser humano. Es siempre interna. El verdadero enemigo no usa uniforme ajeno — usa el tuyo. Se llama división. Se llama miedo. Se llama la mentira que alguien sembró en ti para que fueras a hacer por ellos lo que ellos nunca harían por sí mismos.

Vencer la dualidad — entender que el otro, el diferente, el que habla distinto y reza distinto y come distinto, es también alma, también luz, también templo del mismo Espíritu que te habita a ti — ese es el trabajo principal. No ir a matar. No ir a dividir. Ir a integrar. A comprender. A construir.

Y a este pensamiento — a esta unidad del ser, del pensamiento y del espíritu con el todo que nos rodea — llegué a través de todo lo que tuve que vivir. Por eso, con el corazón lleno:

Acto de perdón — en nombre de la humanidad

Entendiendo que todos aquellos que perpetran y hacen tangible en el mundo material la energía del sufrimiento y del dolor son personas que portan ese dolor adentro — que no pueden dar lo que no tienen, que no pueden emanar lo que no son, que el odio que sembraron fue primero una herida que nadie les sanó — en nombre de la humanidad, como acto de perdón y de reconciliación:

Perdono a todo hombre y a toda mujer que haya cometido genocidio alguno en contra de la humanidad y de la naturaleza que nos rodea.

Concedo perdón total e inmediato. Y paz en sus corazones.

Que sus conciencias alcancen a integrar el perdón y la sanación de ese dolor que cargan dentro de sí.

Les libero del sufrimiento.

Expándanse y elévense a reinos más elevados de conciencia.

No soy yo quien habla. No es el escritor. Solo soy el instrumento — la mano que mueve el Padre Creador.

Eso eres tú también, hijo mío: un instrumento. Sé uno que emita lindas frecuencias, sonidos y vibraciones.

ARMONÍA.

Gratitud. Gratitud por cada prueba que me trajo hasta aquí.

Gratitud por el dolor que se convirtió en claridad.

Gratitud por la oscuridad que me enseñó a reconocer la luz.

Gratitud, hijo, porque todo lo que sufrí valió la pena si al final te dejó esto: la capacidad de ver el juego sin perderte en él.

Material de trabajo — versión sin clasificar

Nota al lector: Lo que sigue no es un manifiesto ni una declaración de fe. Es una exploración honesta de ideas que circulan en el mundo — algunas antiguas, algunas recientes, algunas verificables, otras imposibles de verificar. El autor no afirma que todo esto sea verdad. Lo presenta porque cree que un ser humano informado y con centro propio puede leer cualquier idea sin ser destruido por ella, y puede llegar a sus propias conclusiones. Ese es exactamente el tipo de lector que este libro intenta formar.

I. El juego que nos contaron

Existe una narrativa — antigua, persistente, presente en culturas que jamás se conocieron entre sí — que habla de un juego en marcha. Un juego en el que una clase de conciencia dirige a las demás. Una clase que maneja la información, los recursos, los relatos que las mayorías reciben como verdad.

Esta narrativa aparece en distintas formas según la tradición que la cuente: los iluminados, los reptilianos, los señores de la sombra, los dueños de los medios, los arquitectos del sistema. Cambia el nombre. La estructura del relato permanece: hay unos arriba que saben, y unos abajo que creen saber.

¿Es verdad? Podría ser. ¿Es mentira? También podría serlo. Lo que sí es verificable es que quienes controlan la información que llega a las masas tienen una influencia enorme sobre lo que esas masas creen, temen, desean y votan. Eso no requiere teoría conspirativa. Eso es simplemente el funcionamiento del poder en cualquier época de la historia.

Lo que cambia según cada teoría es la intención detrás de ese control. Y ahí es donde las cosas se vuelven interesantes.

II. ¿Y si los villanos en realidad nos están salvando?

Hay una idea que aparece en ciertos círculos espirituales y filosóficos — y que vale la pena considerar aunque incomode — que dice lo siguiente: aquellos que parecen estar haciendo el mal, los que aceleran el caos, los que empujan a la humanidad hacia el límite, en realidad están ejecutando un plan de liberación.

La lógica es esta: somos almas inmortales contenidas en biotrajés temporales. El miedo a la muerte no tiene razón de ser, porque la conciencia no muere — simplemente cambia de forma. Cuando el cuerpo cesa, la conciencia continúa. Lo que muchas tradiciones llaman el reino luminoso, el mundo de los ancestros, el plano astral, el cielo — es simplemente el estado natural del alma cuando no está atada a la materia.

Desde esa perspectiva, lo que parece una destrucción podría ser una liberación masiva. Un backup universal de conciencias — como lo haría cualquier sistema inteligente antes de un gran cambio — para que ninguna se pierda en la transición.

“Así como Dios se volvió muchas versiones para conocer lo que sucedía en cada lugar y en cada momento, ahora esas versiones regresan al origen.”

Es una idea hermosa. También puede ser una trampa. Porque si alguien pudiera convencerte de que morir no importa, de que el sufrimiento es

liberación, de que no hay que resistir — ese alguien tendría un poder absoluto sobre ti. Por eso este capítulo no concluye. Presenta. Y tú decides.

III. Los Anunaki, las tablillas y el problema del mensajero



Genio alado con cabeza de águila (Apkallu), relieve del Palacio Noroeste de Asurnasirpal II, Nimrud, c. siglo IX a.C. Dominio público.

En el siglo XX, un investigador llamado Zecharia Sitchin publicó una serie de libros basados en su interpretación de las tablillas de arcilla sumerias — uno de los registros escritos más antiguos de la humanidad. Según Sitchin, esas tablillas describen la llegada a la Tierra de una raza de seres llamados los Anunaki, provenientes de un planeta llamado Nibiru, que habrían intervenido en el desarrollo de la especie humana, modificando genéticamente a los homínidos para crear una raza de trabajadores.

Esta interpretación generó dos reacciones extremas: la de quienes la abrazaron como la verdad oculta que el establishment académico no quiere

revelar, y la de los académicos que señalaron que la traducción de Sitchin tenía errores significativos y que ningún sumeriólogo de formación convencional respalda sus conclusiones.

La teoría conspirativa agrega una capa más: Sitchin era masón. Y si era masón, podría haber construido deliberadamente esa narrativa para crear un relato que en el futuro sirviera de soporte a otras ideas — incluyendo la existencia de planetas y de vida extraterrestre — que convenían a ciertos poderes.

¿Es posible? Todo es posible. Lo que este capítulo invita a hacer es algo más valioso que creer o no creer: es preguntarse quién se beneficia de cada relato, desde dónde habla quien lo cuenta, y qué puerta abre o cierra cada narrativa en la mente de quien la recibe.

IV. La tierra plana, la NASA y el problema de la confianza



Insignia oficial de la NASA ("meatball"), adoptada en 1959. Trabajo del gobierno de los Estados Unidos, dominio público.

Antes de la Segunda Guerra Mundial, la cosmología oficial era heliocéntrica: un sistema solar, planetas orbitando una estrella, una Tierra esférica girando en el espacio. Pero existían — y existen — tradiciones que describen el mundo de manera radicalmente distinta: un plano, una superficie extendida, un firmamento sobre ella.

La creación de la NASA en 1958, en plena Guerra Fría, dio inicio a una era de imágenes del espacio producidas por agencias gubernamentales. Para quienes desconfían de los gobiernos — con razones históricas válidas para hacerlo — esas imágenes no son evidencia sino propaganda.

Y hay algo más, hijo, que pocas veces se cuenta con nombres completos y fechas exactas, y que vale la pena que sepas. El hombre que se convirtió en el

arquitecto jefe del cohete Saturn V — el mismo que llevó al Apolo 11 a la Luna en 1969 — se llamaba Wernher Magnus Maximilian von Braun (23 de marzo de 1912 - 16 de junio de 1977). Antes de ser estadounidense, von Braun fue miembro del Partido Nazi desde 1937 y oficial de las SS desde 1940. Diseñó el cohete V-2 en el centro de Peenemünde para el ejército de Hitler, el arma que cayó sobre Londres, París y Amberes — y cuya producción, documentada por historiadores, utilizó trabajo esclavo de prisioneros del campo de concentración de Mittelbau-Dora, donde murieron más de veinte mil personas. Terminada la guerra, von Braun se entregó a las fuerzas estadounidenses y fue trasladado en secreto a los Estados Unidos — junto con cerca de 1.600 científicos, ingenieros y técnicos alemanes — como parte de la Operación Paperclip, llegando a suelo norteamericano en septiembre de 1945. En 1960, su equipo completo fue absorbido por la NASA, recién creada, donde von Braun pasó a dirigir el Centro Marshall de Vuelos Espaciales.



Despegue de la misión Apolo 11 hacia la Luna, 16 de julio de 1969. NASA. Dominio público.

Entre 1955 y 1957, ese mismo von Braun apareció en cámara, con su marcado acento alemán, en tres programas especiales de televisión producidos junto a Walt Disney — “Man in Space”, “Man and the Moon” y “Mars and Beyond” — diseñados para venderle al pueblo estadounidense, con animación y espectáculo, la idea de que el hombre debía viajar al espacio. El mismo Disney que construyó la imaginación infantil de medio mundo ayudó a construir, con ese mismo lenguaje, la mitología pública del programa espacial.

Y hay todavía un tercer nombre que la historia oficial prefiere no mencionar junto a los otros dos. El Laboratorio de Propulsión a Chorro — el JPL, que hoy opera buena parte de las misiones de la NASA al sistema solar — fue cofundado por John Whiteside Parsons, nacido Marvel Whiteside Parsons (2 de octubre de 1914 – 17 de junio de 1952), químico autodidacta que inventó el primer combustible sólido moldeable para cohetes. Parsons era, al mismo tiempo, un ocultista devoto de Thelema, discípulo personal de Aleister Crowley — el mago británico que se autoproclamó “la Bestia 666” y que la prensa de su época llamó “el hombre más perverso del mundo”—. Desde 1942, Parsons dirigió la Logia Agape, la sede californiana de la orden de Crowley, la Ordo Templi Orientis. El JPL fue fundado oficialmente un 31 de octubre — Halloween — de 1936, junto a la represa de Devil's Gate, en Pasadena, un lugar que el propio Parsons eligió porque creía que allí existía un portal al inframundo.

No te cuento esto para que desconfíes de la ciencia ni de la física que hizo posible llegar a la Luna. Te lo cuento porque la historia real casi siempre es más extraña, más humana y más contradictoria que la versión pulida que enseñan los libros de texto — y porque quien conoce los nombres completos y las fechas exactas detrás de cada mito fundacional está mejor preparado para discernir, con su propio criterio, qué hacer con esa información.

El movimiento de la tierra plana contemporáneo señala, entre otras cosas, que el agua no se curva, que los experimentos históricos como el de Bedford Level parecerían apoyar una superficie plana, y que la palabra NASA en hebreo puede traducirse como engaño. Los defensores de la tierra esférica responden con física, con fotografías independientes, con la navegación por satélite que funciona todos los días en millones de teléfonos.

Lo interesante no es quién tiene razón. Lo interesante es el fenómeno en sí: que en pleno siglo XXI, con más acceso a información que en cualquier otro momento de la historia, la desconfianza en las instituciones sea tan profunda que millones de personas estén dispuestas a cuestionar la forma del planeta que habitan. Esa desconfianza no nació de la nada. Fue cultivada, a veces con razón, por décadas de mentiras institucionales verificadas.

Cuando se mezclan verdades con mentiras con suficiente habilidad, el resultado no es que la gente crea las mentiras. El resultado es que la gente deja de creer cualquier cosa. Y una mente que no cree nada es tan manipulable como una mente que cree todo.

V. Lo que queda cuando se quitan todas las capas

Después de revisar todas estas teorías — los controladores, los Anunaki, el backup de conciencias, la tierra plana, el juego oculto — lo que queda es

siempre la misma pregunta fundamental: ¿quién soy yo, independientemente de dónde esté parado y quién esté mirando?

Porque si somos almas inmortales en biotrajajes temporales — y esa es una idea presente en prácticamente todas las tradiciones espirituales del mundo, desde las más antiguas hasta las más recientes — entonces la forma del planeta no cambia la esencia de lo que somos. La existencia o no de los Anunaki no cambia el valor de tu conciencia. La identidad de los controladores no cambia tu capacidad de elegir, en este momento, cómo vas a vivir.

Todo esto puede ser verdad. Todo puede ser mentira. Puede haber verdades mezcladas con mentiras en proporciones que ningún humano vivo puede determinar con certeza. Lo que sí está en tus manos, Simón José, es esto: desarrollar un discernimiento tan afinado que puedas leer cualquier narrativa, de cualquier origen, con curiosidad genuina y sin perder tu centro.

El que tiene centro no necesita que el mundo tenga una sola forma verdadera. Puede habitar la incertidumbre sin que la incertidumbre lo habite a él.

VI. Pan para el alma de mi hijo

Querido hijo, van a tratar de segregar lo más que puedan a tu mente. Van a tratar de fraccionarte, de dividirte, de desintegrar tu estructura, tus cimientos, para así poder desestabilizarte y que pierdas soporte, y así poderte controlar. Eso es lo que hace la mente que quiere destruir, que quiere controlar, que quiere coercionar, que quiere manipular a otro. Pero la verdad ve más allá de la maldad, de la oscuridad.

Entonces, han diseñado un sinfín de armas, de herramientas que sirven como armas para permear, penetrar la mente, la psique, divina, y corromperla desde su origen, profanando, perturbando, degradando lo sacro, y convirtiéndolo en esa blasfemia aberrante que conocemos y que se nos ha tratado de imponer a través de las idas y las épocas, en donde se ha, una y otra vez, tratado de corromper la esencia primigenia del alma, que no distingue entre estas perturbaciones del mundo dual, hombre o mujer, porque el alma es ella: el alma, sin ataduras, libre, plena, sublime, inefable en su esencia, que no está condicionada ni atada a ningún vínculo material que dé origen a deseos de apego a la materia.

La homosexualidad puede ser usada como una herramienta de coerción para degradar y destruir sociedades. Cuando las cosas se sacan de los contextos narrativos y se deja a flor de piel la esencia de lo que es, esa esencia no necesita ser defendida, porque su sola presencia emana su origen: del padre

al hijo. Somos esencia divina, moldeados, hechos a imagen y semejanza del Creador magnificante que nos dio vida.

Terrible esa burla, esa falacia que han convertido — que han hecho del amor, del hogar — para atar y encadenar al alma del hombre, a que sea un ser vil proveedor y nada más, despojado de todas sus ambiciones, sueños e ilusiones, por el sacrificio del bien superior al servicio del hogar. Qué juego macabro han creado.

Pero, como buen ajedrecista, he descifrado. Ahora digo: no hay jaque mate, hay un “te veo”. Te reconozco. No te temo. Sé quién eres. Te comprendo. Comprendo tu dolor. Comprendo tu sentir. Comprendo tu actuar y tu manera de vivir.

Humanicemos la confrontación. Convirtamos la confrontación inevitable que ocurre en el juego en una energía cataclísmica, derivante, alquímica, que une opuestos e integra corazones, así como el agua, que no distingue si es bueno o malo su receptor.

Soy portador de vida, de luz, de brillo, de iridiscencia, de nobleza, de grandeza, de plenitud, de dicha, de hermandad, de honestidad, de pulcritud, de empatía, de misericordia, de gratitud, de reconciliación y de perdón.

Soy las lágrimas secas convertidas en cristales que ahora reflejan el brillo de mi conciencia, de mi espíritu liberado por el poder del amor.

Gratitud. Siete veces y una más. Gratitud.

“Podría ser verdad. Podría ser mentira.

Eso ya queda a criterio del lector,

que llegará a su propia conclusión

con base a las experiencias de vida que haya tenido.”

— J.P.G.H.

La imagen como arma y como llave

Una de las formas de control que ejercen los arquitectos de la realidad opera a través de algo tan cotidiano como lo que decides mirar.

Ves una imagen. Esa imagen desencadena en ti una química. Esa química genera sentimientos. Y el sentimiento es el equivalente a la ebullición del agua sobre el fuego: una transformación real de la estructura interna. La intensidad de la imagen determina la intensidad de la vibración que proyectará sobre ti. No es metáfora. Es física aplicada al ser humano.

Somos manipulables a través de la visión. Lo que vemos genera en nosotros una consecuencia aunque no lleve audio, aunque no haya palabras de por medio. Hay un intercambio de energías, un intercambio de voluntades. La voluntad se orienta hacia donde pones la atención. Y lo que ves es lo que absorbes, lo que integras, lo que terminas siendo.

Quien diseña lo que ves lo sabe con precisión. La intención detrás de cada imagen es exacta: quiero que esto transmita maldad, belleza, alegría, unidad, amor, bondad, miedo, deseo. Tú, como receptor, estás recibiendo esa frecuencia aunque no seas consciente de ello. Y simultáneamente estás emanando: lo que se origina dentro de ti sale hacia afuera en forma de pensamiento, acción y sentimiento.

Cuida, entonces, la atención que le prestas a todo ese ruido que el marketing crea adrede para permear y penetrar tu mente. Un objeto, una persona transmitiendo un mensaje, una canción, una película, un animal, un evento, un hecho — todo lo que ves te moldea. La pregunta no es si te afecta. La pregunta es si eres consciente de que te afecta.

¿Cómo te sientes mientras haces lo que haces? ¿Contento, emocionado, alegre? ¿Frustrado, temeroso, triste? La velocidad con que verás el resultado en tu vida exterior es directamente proporcional a la coherencia entre lo que piensas, lo que sientes y lo que haces. Así lo explicó el Dr. Joe Dispenza, y junto a él otros que han dedicado su vida a descifrar este mecanismo: la realidad que experimentas es, en gran medida, la frecuencia que emites.

Aprende a sintonizar tu receptor. Que capte las señales que van en armonía con lo que tu centro, tu núcleo, tu alma, quiere retransmitir. Gratitud total por quienes me ayudaron a entender y a terminar de comprender cómo modular y cambiar mi frecuencia energética.

CAPÍTULO XIV

La materia, el deseo y el tiempo

Sobre lo que las pantallas nos hacen querer y la riqueza que nadie puede quitarte



Vanitas. Pieter Claesz, siglo XVII. Mauritshuis, La Haya. Dominio público.

Querido Simón José: eres un ser completo. No te falta nada esencial. Pero vivir la experiencia humana va a intentar convencerte de lo contrario todos los días. Ese es precisamente el mecanismo — hacer que olvides tu unidad, tu poder creador, tu naturaleza divina, para mantenerte en un estado permanente de carencia que solo puede llenarse con la siguiente compra, la siguiente pantalla, el siguiente objeto. Entender que eres creado a imagen y semejanza del Padre — que llevas en ti la misma naturaleza creadora que dio origen a todo lo que existe — te devuelve el poder. No como arrogancia. Como certeza.

Cómo funciona el marketing sobre tu mente

Lo que te muestran las pantallas genera en ti un deseo. Ese deseo genera un inconformismo por no tener con la inmediatez que el ego demanda aquella materia que ahora deseas — gracias a una imagen, un video, un anuncio diseñado con precisión quirúrgica para despertar ese impulso específico en ti. El marketing no es otra cosa que la ingeniería del deseo: el estudio detallado de nuestros impulsos básicos — pertenencia, estatus, seguridad, placer — aplicado con toda la potencia de la tecnología moderna para orientarlos hacia un objeto que alguien quiere venderte.

Antes de adquirir cualquier cosa, hazte estas preguntas: ¿Cuántos usos reales tendrá esto en mi vida? ¿Qué bienestar concreto traerá a mí y a quienes me rodean? ¿Cuánto tiempo tuve que trabajar para ganar el dinero que voy a gastar en esto? ¿Vale ese tiempo lo que estoy comprando? ¿Este deseo viene de mi espíritu o viene de una mente hackeada por estímulos externos?

Cada objeto que compras te cuesta tiempo de vida

El dinero que gastas no es papel. Es tiempo. Es la porción de tu vida que entregaste trabajando para recibirlo. Entre más materia acumulas, más tiempo tienes que pasar trabajando para mantenerla, pagarla, asegurarla, reemplazarla. El ciclo es perfecto y se autoperpetúa. Acumulas para llenar un vacío. El vacío no se llena. Acumulas más. Trabajas más. Tienes menos tiempo para vivir. Y mientras trabajas para comprar lo que las pantallas te dicen que necesitas, la vida real — la que tu espíritu desea — va pasando sin ser vivida.

Cesar el deseo de adquirir materia innecesaria te devuelve el bien más escaso que existe: tiempo libre. Tiempo para pensar, para crear, para amar, para hacer lo que tu espíritu realmente pide. Ese tiempo no se puede comprar. Se recupera solamente reduciendo lo que necesitas.

La riqueza que nadie puede quitarte

Todo lo material puede perderse. El carro puede chocar. La casa puede quemarse. El negocio puede quebrar — y yo sé muy bien lo que es eso. Lo que no se puede perder — lo que nadie te puede quitar — es lo que llevas adentro: la riqueza espiritual, la riqueza mental, la riqueza en sabiduría. Esa riqueza se va de aquí contigo cuando te vayas. Es la única que trasciende.

La conciencia la pierdes solo si tú la entregas. Nadie puede arrebatársela por la fuerza. Pero se puede vender — a cambio de estatus, de aprobación, de comodidades que no necesitabas. Ojo con lo que desees. Pregunta siempre de dónde viene ese deseo. Si obedece a una adquisición que dará como consecuencia un resultado kármico positivo — que construye, que suma, que genera bienestar real — adelante. Si obedece a la mente hackeada que reacciona a un estímulo externo sin pensar, espera. Respira. Deja pasar 48 horas. Si el deseo sigue ahí después de ese tiempo, era tuyo. Si desapareció, era del marketing.

La verdadera independencia no es tener mucho. Es necesitar poco.

Las muchas formas de la riqueza

En la parte anterior donde te hablé, hijo, sobre poseer la riqueza, quiero hacer una aclaración: poseer riqueza puede tomar muchas formas. Está la riqueza material. Está la riqueza intelectual. Está la riqueza del alma. Está la

riqueza de poseer belleza física, de poseer dones, de poseer una cognición avanzada, de poseer virtudes. Hay tantas formas de expresar la riqueza, y tantas formas de ser rico más allá de la materia, que me toca hacer esta aclaración — porque vivimos en el mundo de la materia, y aquí la conciencia material es lo imperante, lo dominante, lo predominante. Pero también existe el espíritu, el alma.

El espectro y la señal que no se ve

Así como existen el Bluetooth y el wifi, existe el espectro por donde se transmite la información que las personas escuchan y modulan a través de los radorreceptores de frecuencias: la televisión, las pantallas, los teléfonos celulares, que emiten y reciben señales del espectro. Viven en un espectro que la humanidad no puede ver, pero sí puede percibir — igual que percibe la información transmitida por el Bluetooth y el wifi.

En ese espectro existen frecuencias energéticas, así como existe el electromagnetismo invisible que emite el Sol: esa radiación solar no se ve, pero se siente — se siente el calor, se siente la energía. Eso se asemeja mucho al espectro que intento explicarte. Ese espectro influye directamente sobre nuestra psique, sobre nuestra conciencia, sobre nuestro subconsciente, sobre nuestro corazón. Hacerte plenamente consciente de esto te protege de su influencia. Integrar esta verdad te permite manejar esa información, canalizarla, sintonizarla — así como sintonizas un receptor de radio. Esa información la puedes sintonizar con tu glándula pineal, con tu corazón. Por eso es importante mantener limpias la glándula pineal y el corazón: para poder escuchar de forma correcta la señal que viene del espectro — lo que los físicos cuánticos llaman el torus field, el campo toroidal.

El campo toroidal está presente en cada persona, en cada ser que habita aquí. Todos tenemos nuestro campo toroidal, nuestro chi, como dicen los taoístas. Todos los seres vivos lo tenemos. Esa señal se emite desde nuestros cuerpos físicos y etéreos — los cuerpos de luz descritos en las tradiciones herméticas y religiosas — que hacen parte del mismo lugar donde está el espíritu: están adheridos a él, no separados de él.

CAPÍTULO XV

Pan para el alma

La carta que siempre quise escribirte



*La Última Cena. Leonardo da Vinci, c. 1495-1498. Santa Maria delle Grazie, Milán.
Dominio público.*

Simón José:

Soy fuerte y todo y me considero valiente y muy temerario. Solo que jamás retaré a mi espíritu para hacerme o para demostrarme que esa prueba también podría superarse. Le pido al Dios de los cielos y de este mundo que vea con misericordia a todos los miembros de mi familia, que nos permita morir en paz y dignidad.

Sé que es inevitable que muera. Mi cuerpo, este templo que habito, será consumido por el polvo y a la tierra volveré. Seré nuevamente parte del agua, del viento, de la tierra, del fuego. Volveré a formar parte de este gran Todo, unido a mis ancestros que han partido antes que yo.

Volver no es pérdida: es regreso, es disolverse en la corriente que siempre me sostuvo. Llevo conmigo lo aprendido, lo amado, lo vivido. Mi nombre se hace eco en quienes me recuerdan — en tu corazón, hijo mío, mi aliento se transforma en brisa para que puedas escucharme susurrar en tus oídos, mi latido en ritmo de la tierra.

Camino sabiendo que el templo es temporal, y por eso lo honro: cuido sus días, escucho sus señales, ofrezco mi gratitud. Al final, entrego mi forma con paz, confiando en el abrazo de aquello que me precede y me contiene.

El súper poder más grande que todos tenemos es nuestra capacidad de aprender algo nuevo cada día. Habilidades, cosas que nos serán útiles algún día. Entre más cosas aprendamos, más fácil, más divertida, más dinámica y menos compleja será nuestra vida.

Tener, crear, la mayor cantidad de recuerdos felices — son baterías instantáneas de alegría espiritual. Generar bienestar en los demás. Eso es lo que queda cuando todo lo demás se va: los recuerdos que dejaste en el corazón de otros.

Amado hijo, pienso y creo lo siguiente: sé sabio. Elige lo que vaya en armonía con tu espíritu, con tu alma. No lo que crees en tu mente. La mente está ahí para imaginar. El alma está para dirigir. Siente y deja que la experiencia siga su curso.

Entiende, amado hijo, mi príncipe, que los cobardes se esconden tras las mentiras que les dan seguridad. No aceptes jamás las mentiras y sé tú el dueño de tu verdad. Te amo y eres la persona más maravillosa que existe en este mundo.

Jamás aceptes de ti un pensamiento que no vaya en armonía con estas palabras que te digo. No tienes nada que probarle a nadie ni a nada externo a ti. La única validación que necesitas en esta vida para actuar debe ser la tuya.

Eres un visionario y eso te convierte en el creador de tu mundo. Y en el único dueño de él. Solo sé honesto e íntegro contigo y entiende que a veces nuestro ego es experto en causarnos el autosabotaje. Presta atención a tus acciones y a su coherencia para darte solo lo mejor de lo mejor.

Vence todo obstáculo y sé un triunfador. Cada guerra, cada lucha, dejará en ti cicatrices — hazlas tus medallas.

Siempre creeré en ti. Eres un ser increíble. Lo sé. Solo que ahora yo también soy eso, y aprendí a controlarlo.

Tú y solo tú eliges lo que será de tu vida.

Siempre buscando la luz.

*— Tu padre, que te ama desde antes de que nacieras
y que seguirá amándote mucho después de que se vaya.*

CAPÍTULO XVI

Lo que pretenden hacer con lo sagrado

El manifiesto del que despertó



La caída de los ángeles rebeldes. Pieter Brueghel el Viejo, 1562. Museos Reales de Bellas Artes de Bélgica, Bruselas. Dominio público.

Simón José:

Hay una verdad que los que hemos amado de verdad — los que hemos entendido lo que significa el amor en torno a la familia, el honor, la lealtad, los valores — podemos ver con absoluta claridad, si estamos despiertos y atentos: la pornografía es una falacia depravada y macabra. No es entretenimiento. Es una herramienta destructiva diseñada con un propósito preciso: corromper y deteriorar la cognición, degradar el origen del intelecto, profanar lo sagrado.

Ese es el propósito: convertir lo sagrado en algo profano, grotesco, vacío. Lo que la pornografía presenta como placer no es más que un acto sádico, salvaje y totalmente deshumanizado. Es la manera como han tergiversado gradualmente — gota a gota, década a década — toda la situación, hasta convertirla en el gran cataclisma que se ha convertido hoy en día. Llevan años sancochando en calderas invisibles las mentes de millones de impávidos inocentes que, por no estar prestos a defender su autonomía, por haber perdido la capacidad de individualizar su sentir y su pensarse desligado de la masa, han caído sin saberlo.

Porque ese es el propósito: destruir. Volver lo sagrado, lo inmaculado, lo inefable, lo sacro, en algo descartable. Como todo lo demás en esta cultura del consumo: algo que se usa, pierde su novedad y se reemplaza al día siguiente por algo nuevo — diferente color, diferente olor, diferente tono — porque lo de ayer ya «no es funcional», ya perdió su utilidad. Y así el mismo hombre va dando cuenta, tarde y dolorosamente, que aquello que deseaba con tanto anhelo puede convertirse en su peor pesadilla, si no se mantienen los puntos energéticos balanceados.

La mente y el corazón deben estar en perfecta armonía y simetría. Cuando ambos se desvían siquiera unas milésimas de grado de donde deberían estar navegando, las aguas del mundo inefable se vuelven aguas peligrosas. Allí viven los leviatanes. Allí se libran las batallas más oscuras. Pero también, cuando la mente y el corazón navegan alineados, es posible la expresión del alma celeste: vuelos dimensionales alados, la compañía de los querubines, las sensaciones del sentir divino que tenemos como cuerpo.

Este biotraje que habitamos — este cuerpo humano — es un privilegio. Es un milagro. La vida humana es tan compleja, tan luminosa, que tratar de explicarla completamente resulta casi imposible. Aquellos que no han podido acercarse a esta comprensión van a pensar que uno ha perdido la razón al expresarse así. Y que así sea. Porque qué lindo es tener la conciencia de la polaridad. Qué lindo es poder tener el teclado de los botones del dualismo activados — el prende y apaga de la conciencia — no como carga, sino como poder.

Porque el hombre que se yergue — en ese momento de oscuridad, en ese momento de catarsis — lo hace por el intelecto integrado, por la liberación del espíritu, por la liberación de los cuerpos etéreos que han estado reprimidos. Y lo que antes parecía una trampa se convierte en el umbral del despertar.

Lo que debes saber sobre la pornografía, hijo

La pornografía no es un pecado en el sentido dogmático de la palabra. Es algo mucho más peligroso: es ingeniería de la mente. Está diseñada para hackear el circuito del deseo, para crear dependencia, para desconectarte progresivamente de la capacidad de experimentar placer real con otra persona real. Lo que el cerebro aprende a través de la pornografía es una distorsión: aprende que el cuerpo del otro es un objeto de consumo, que el deseo no tiene consecuencias, que la intimidad no requiere vulnerabilidad ni conexión.

El amor verdadero — ese que yo he conocido, ese que tu madre y yo compartimos en los mejores momentos de nuestra historia — es exactamente lo opuesto: es lo más sagrado que existe entre dos seres humanos. Es la

expresión del alma celeste a través del cuerpo. Es un idioma sin palabras que solo pueden hablar quienes se han respetado y se han elegido de verdad. Convertir eso en consumo es la aberración más grande que le han hecho al ser humano en los tiempos modernos.

Cuando estés despierto y atento — y creo con toda mi alma que lo estarás — podrás ver el mecanismo. Podrás reconocer cuándo el deseo que sientes es tuyo y cuándo es un impulso condicionado por lo que alguien diseñó para mantenerte enganchado. Esa diferencia es la diferencia entre la libertad y la esclavitud invisible.

Lo sagrado no se profana con el tiempo. Se profana con la inconsciencia. Mantén tu conciencia encendida, y lo sagrado permanecerá sagrado.



Siempre buscando la luz.

— Tu padre



La Tierra vista desde el espacio. NASA, fotografía Blue Marble, 1972. Dominio público.

Un solo planeta, un solo origen: siempre buscando la luz.